



liturgiapapal.org

COMPRENDER LA MISA

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE. LOS RITOS INICIALES

I. LA LLEGADA DEL SACERDOTE

1. Procesión de entrada
2. Veneración al altar

II. RITOS INICIALES

1. Saludo
2. Acto penitencial
 - A. Primera forma
 - B. Segunda forma
 - C. Tercera forma
 - D. Absolución
3. Bendición y aspersion del agua
4. *Kyrie eleison*
5. Gloria
6. Oración colecta

SEGUNDA PARTE. LA LITURGIA DE LA PALABRA

I. LECTURAS

1. Primera lectura
2. Salmo responsorial
3. Segunda lectura
4. Secuencia

II. EVANGELIO

1. Aclamación al Evangelio
2. Evangelio

III. HOMILÍA

IV. PROFESIÓN DE FE

V. ORACIÓN DE LOS FIELES

TERCERA PARTE . LA LITURGIA EUCARÍSTICA

I. OFERTORIO

1. Procesión con las ofrendas
2. Presentación del pan y del vino
3. Incensación
4. Lavabo
5. Oración sobre las ofrendas

II. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL PREFACIO

III. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL POST-SANTO

1. Canon Romano
2. Plegaria Eucarística II
3. Plegaria Eucarística III
4. Plegaria Eucarística IV

IV. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA EPÍCLESIS

V. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA NARRACIÓN DE LA INSTITUCIÓN Y LA CONSAGRACIÓN

1. Consagración del pan
2. Consagración del vino
3. Aclamación

VI. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA ANAMNESIS

VII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA OBLACIÓN

VIII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LAS INTERCESIONES

1. Intercesión por la unidad de la Iglesia
2. Intercesión por las cabezas de la iglesia terrena
3. Intercesión por los fieles difuntos
4. Intercesión por los fieles vivos y conmemoración de los santos

IX. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA DOXOLOGÍA FINAL

CUARTA PARTE. EL RITO DE LA COMUNIÓN

I. ORACIÓN DEL SEÑOR

II. RITO DE LA PAZ

III. FRACCIÓN DEL PAN

IV. COMUNIÓN

I. Oración después de la comunión

QUINTA PARTE. EL RITO DE CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

El Concilio Vaticano II quiso que los fieles participaran mas activamente en la misa. La participación activa no significa que realicen más acciones o que digan más cosas, como si se tratara de un concierto en el que los músicos piden al público que canten, aplaudan o salten. La participación activa consiste en vivir lo que está sucediendo. Podemos hacer muchas acciones de forma mecánica. Eso es hacer o decir, pero no participar. Participar es tomar parte. Para eso es necesario saber qué ocurre.

Jesucristo se ofreció al Padre en el Espíritu Santo. Sabemos que históricamente eso ocurrió el día de la preparación de la pascua (Jn 19, 31), en un lugar llamado Gólgota (Jn 19, 17). Sin embargo, se trata de un acontecimiento singular. No quedó en el pasado. Se trata del único acontecimiento en la historia que no pasa. Podemos estar en ese lugar y en ese momento en cada misa.

La misa no es un recuerdo de lo acontecido. ¡Es estar en lo acontecido! La misa no es la repetición del sacrificio. ¡Es el mismo sacrificio! En cada misa se rasga el tiempo y el espacio para que podamos asomarnos, contemplar, vivir, y unirnos a Jesús en el lugar y el momento en el que se ofrece al Padre en el Espíritu Santo.

Eso lo sabemos por los ojos de la fe. Sin embargo, los seres humanos necesitamos percibir con los sentidos. Por ello, la Iglesia ha ritualizado las acciones que realizó el mismo Jesús la víspera de su pasión, cuando instituyó la Eucaristía. Así, a través de sabores, olores, colores, vestidos, luces, palabras y movimientos podemos darnos cuenta de lo que está ocurriendo realmente en cada misa.

Sin embargo, por diversas razones no comprendemos esos signos visibles. No entendemos la razón por la que se realizan ciertas acciones o por las que se dicen ciertas palabras. Por ello hemos escrito esta obra, que intenta desgranar cada palabra y cada gesto de la misa para hacerlo

comprensible. Porque si lo comprendemos, podremos vivir mejor cada misa.

Adorar a Dios es el primero de los mandamientos. En la misa lo hacemos con Cristo, en Cristo y por Cristo en el Espíritu Santo. Por eso la misa es el acto agradable al Padre. Al mismo Espíritu le pido que estas letras sirvan para que tu que las lees puedas vivir mejor cada Eucaristía. Y a ti, querido lector, te pido la limosna de tu oración. Ruega a Dios para que quien escribió esto pueda vivir en la casa del Señor por años sin término participando de la Liturgia celestial.

JM

PRIMERA PARTE

LOS RITOS INICIALES

I. LA LLEGADA DEL SACERDOTE

I. Procesión de entrada

La misa inicia con una procesión en la que el celebrante se dirige hacia el presbiterio. Antiguamente la comunidad se reunía en un lugar y desde ahí se dirigían todos juntos hacia la iglesia en donde se celebraría la misa. Actualmente algunas veces puede hacerse así. Pero lo más común es que únicamente el celebrante y los ayudantes se acercan procesionalmente al presbiterio. Sin embargo, podemos caminar espiritualmente con ellos. Ese es el sentido de la procesión, simbolizar que los cristianos somos un pueblo que camina peregrino en la vida. Si nos caemos, a levantarnos para seguir nuestro caminar hacia la Ciudad Santa. La procesión no es un desfile de los que participarán en la misa, para que los veamos de cerca. Es una alegoría del andar cristiano hacia Dios.

Lo habitual es que camine el sacerdote con un acólito. En las grandes ocasiones, sin embargo, la procesión de entrada es mucho más compleja.

En primer lugar, camina el turiferario, el acólito que porta el incensario o turíbulo. En las Escrituras el incienso aparece como un signo de culto, de honor y de oración de sacrificio. En la procesión de entrada humea hasta el frente el incensario para recordarnos que avanzamos dando culto, honrando y orando a Dios.

Luego avanza la cruz procesional. Todos vamos detrás del crucificado, porque somos seguidores de Jesús. Él no nos dice: este es el camino que debes de seguir, como hace un profesor de ética. Él nos dice: yo soy el camino (Jn 14, 6). Somos sus seguidores y avanzamos por él. Pasando por Jesús es como podremos llegar al Reino.

La cruz se deja en el presbiterio, salvo que sobre el altar o en otro lugar ya exista un crucifijo, que recuerde que, cuando fue levantado Cristo en la cruz, Jesús atrajo a todos hacia sí (Jn 12, 32), porque ahí podemos ver al que traspasaron (Jn 19, 7; Zac 12, 10; y Ap 1, 7).

La cruz es rodeada de velas. Normalmente son dos, pero cuando el obispo celebra solemnemente pueden ser siete. En el Apocalipsis Juan narra que vio al Hijo del Hombre, a Jesucristo, entre velas (Ap 1, 2-3; 1, 20; y 2,1). Así avanza ahora el crucifijo, entre candeleros. Los portan los acólitos en representación de todos los que participamos, de todos los cristianos. Somos cristianos porque fuimos bautizados. El Bautismo también se ha llamado el Sacramento de la Iluminación, porque ahí somos iluminados con la luz de Cristo, que es la Luz (Jn 1, 4-5). Como forma de ilustrar eso, en el Bautismo recibimos una vela encendida en el cirio pascual, que es símbolo del Resucitado. En representación de todos, los acólitos llevan las velas. Al verlos pasar, podemos pensar que queremos conservar las lámparas encendidas, como las vírgenes prudentes (Mt 25, 1-13), para salir al encuentro del Esposo al final de nuestros días.

Cuando llegan al altar, los que llevan las velas las colocan sobre o junto al altar, salvo que ya haya velas en ese lugar. Así, durante toda la misa podremos pedirle a Dios que nos ayude a mantener encendida la luz de nuestra fe; que él, que es Luz de Luz, nos ilumine siempre.

Después puede ser portado en alto el Evangelionario. No se lleva así el leccionario, solo el Evangelionario, porque contiene las palabras de la Palabra de Dios hecha hombre (Jn 1, 14). En nuestro peregrinar terreno encontramos en esa Palabra sentido y guía. Seguimos a la Palabra. La ponemos en lo alto de nuestras vidas.

Si se lleva el Evangelionario, se coloca sobre el altar hasta la proclamación del Evangelio. Ese es su trono. El alimento de la Palabra se coloca sobre el altar en donde se ofrecerá el Pan de Vida. Se simboliza de este modo que

ambas partes de la misa están unidas. El altar es sólo para Dios y sobre él solo se coloca su Cuerpo y sus palabras.

El celebrante y los acólitos caminan con las manos juntas. El Misal indica ese gesto, pero no dice cómo se hace. Hay muchas formas de juntar las manos. En una nota el Ceremonial de Obispos dice que las manos se juntan, palma con palma, con todos los dedos unidos, y el pulgar derecho cruzado sobre el izquierdo. El pulgar derecho debe pegarse al pecho (CE 107, nota 80). Esta forma de llevar las manos recuerda la ordenación del sacerdote, cuando el obispo pone entre sus manos las del ordenando para recibir sus promesas. La liturgia tomó este gesto de los vasallos, que colocaban sus manos entre las de su señor. Con las manos juntas de esa forma, los sacerdotes y ministros manifiestan que son siervos del Señor, que su ser está entre las manos del Señor, y así camian por la vida.

En la forma extraordinaria está previsto que al llegar al altar el sacerdote recite el salmo 43: “me acercaré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud”. Con independencia de nuestra edad, Dios hace nuevas todas las cosas (Ap. 21, 15), incluso a nosotros que nos renueva en la fe cada día. Los que caminan en la procesión pueden decir por devoción ese versículo mientras se acercan al altar. También los fieles, al llegar a la iglesia, pueden decirlo por devoción.

2. Veneración al altar

Cuando el celebrante llega al presbiterio hace una genuflexión ante el sagrario y, si no está el sagrario en el presbiterio, hacen una inclinación profunda ante el altar.

Hay tres clases de reverencias en la liturgia. La primera es la genuflexión. El cuerpo desciende totalmente y la rodilla toca la tierra en señal de postración ante alguien superior. Este gesto únicamente se realiza ante Jesús presente en la Eucaristía y, el Viernes Santo, ante la cruz.

La segunda es la inclinación del cuerpo. Desde la cintura la parte superior del cuerpo desciende para mostrar reverencia ante un misterio o un símbolo de Jesucristo, como es el altar, que representa a Jesús, quien es a la vez Víctima (lo ofrecido), Sacerdote (quien ofreció), y Altar (lugar en donde se ofreció).

La tercera es la inclinación de cabeza. Únicamente la cabeza y no todo el cuerpo, desciende para mostrar reverencia ante una palabra santa, como es el nombre de Jesús, ante quien toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Fil 2, 10-11), el nombre de la Bienaventurada Virgen María, cuando se mencionan seguidas a las Tres Personas Divinas, o el nombre del santo del día.

Por eso, si está el sagrario en el presbiterio, se hace genuflexión ante el Señor ahí verdaderamente presente; y si no lo está, se hace inclinación profunda ante el altar, que representa a Cristo.

Después de esta reverencia, el sacerdote venera el altar con un beso y, si se emplea incienso, lo inciensa.

Jesús es el verdadero y único Altar desde donde él mismo se ofrece al Padre. Sin embargo, en toda iglesia hay una mesa desde la cual el sacerdote debe de ofrecer el Sacrificio Eucarístico. Esta mesa es un símbolo de Cristo, como se decía. Por ello se le viste con un mantel que debe ser blanco, porque las vestiduras se lavan y blanquean en la Sangre del Cordero (Ap 7, 14) y en recuerdo de cómo las vestiduras de Jesús adquirieron una gran blancura en la transfiguración (Mc 6).

El altar debe ser dedicado por el obispo. Para hacerlo derrama el santo crisma, un aceite que consagra el obispo el Jueves Santo y sobre el que sopla al igual que Jesús sopló sobre sus antecesores, los apóstoles, y sobre el que ora todo el clero de la diócesis. El crisma simboliza la consagración y la configuración con Jesús. Por eso se derrama sobre el recién bautizado, que adquiere el sacerdocio real, y sobre los que reciben el sacramento del

RITOS INICIALES

Orden, que reciben el sacerdocio ministerial. Sobre el altar también se derrama el crisma para configurar esa mesa con Jesús Altar.

Al dedicar un altar, pueden colocarse en su interior las reliquias de un santo. La santidad no es otra cosa que la identificación con Cristo. Los mártires, con el derramamiento de su sangre, pero todos los santos con su vida diaria, se han unido a la muerte de Cristo para resucitar con él. Por ello, la parte material de un santo que nos ha quedado es un altar, un espacio desde donde se ha unido a la muerte de Cristo.

El altar también es santo porque es un objeto sobre el cual ha estado Jesús presente. El mismo cuerpo concebido en el seno de María y nacido de ella, el mismo cuerpo que se transfiguró, y que fue colgado en la cruz, y que resucitó, ha estado sobre ese altar. En ese lugar se ha ofrecido el Sacrificio santo y puro.

Por la santidad de esta mesa, el sacerdote la besa al inicio de la Misa, y también la inciensa como signo de honor. La incensación al altar nos recuerda que el Señor pidió a Moisés construir un altar para quemar incienso en la Tienda del Encuentro (Ex 30, 1). El Señor quiere que se le alabe con el incienso en su altar. Asimismo, se inciensa en ese momento el crucifijo que se coloca sobre el altar o a un lado, para recordar que debemos tener la mirada puesta en el Crucificado, y las imágenes que estén en el presbiterio.

II. RITOS INICIALES

En el presbiterio hay tres lugares esenciales: el altar, el lugar desde donde se ofrece el Sacrificio; el ambón, el lugar desde donde se proclama la Palabra de Dios; y la sede, el lugar desde donde el celebrante preside a toda la asamblea cristiana ahí reunida. En los ritos iniciales no se proclama la palabra ni se ofrece el Sacrificio. Lo que se hará es prepararnos para escuchar la Palabra y celebrar dignamente la Eucaristía. Por ello, el sacerdote los preside desde la sede.

Al llegar a ahí, el celebrante inicia la misa diciendo:

“En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Esta fórmula inicia: “En el nombre”. No dice “En nombre”. Hay una diferencia entre ambas expresiones. La segunda alude a que se habla o se dice algo en representación de alguien. Como un subdirector que habla “en nombre” del director. La fórmula litúrgica es “en el”, que es la expresión usada para referirnos a un lugar. “Estoy **en** el comedor”, o “estoy **en** el patio”. Así, esta fórmula nos dice que estamos entrando al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estamos ingresando a la vida trinitaria. Es ahí a donde nos lleva la misa espiritualmente.

Cuando fuimos bautizados, se usó esa fórmula, que es la que indicó Jesús antes de ascender a los cielos (Mt 28, 19). Bautismo significa inmersión. Así, con el agua se simbolizó que nos metieron a la vida trinitaria. De esta forma, al inicio de la misa, recordamos el inicio de nuestra vida cristiana, el Bautismo.

Entramos al nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Entramos al Ser, recordando que cuando Moisés le preguntó su nombre le dijo “Yo soy el que soy” (Ex 3, 13-14). Entramos a ese nombre que, por su santidad, la liturgia traduce como Señor en vez de YHWH. Entramos al nombre Santo, cuya misericordia llega a toda generación como dice la Virgen María en el Magnificat (Lc 1, 49-50). Entramos nombre que pedimos que sea santificado al rezar la oración que Jesús nos enseñó. Al nombre ante quien toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los abismos (Fil 2, 10).

Mientras el sacerdote dice esta fórmula hace, junto con todos los presentes, la señal de la cruz sobre su ser, colocando la mano derecha en la frente, en el pecho y en los hombros. Con este gesto afirmamos que la Misa es el abrazo, el encuentro con Dios en Cristo Jesús, que por nosotros se ha encarnado, ha muerto en la cruz y ha resucitado glorioso.

1. Saludo

A continuación, el sacerdote saluda a toda la asamblea. No dice “buenos días” o “buenas tardes”, sino que emplea un saludo litúrgico que recoge todos los buenos sentimientos y deseos que se puedan tener. Hay varias opciones de saludos.

“El Señor esté con ustedes”

Esta fórmula expresa el deseo de que el Señor acompañe a todos los presentes. Puede pensarse que Dios está siempre con nosotros, y es cierto. Por eso, hay quienes cambian la frase y dicen “el Señor está con ustedes”. Sin embargo, es incorrecto hacer esta modificación para expresarla como afirmación, porque lo que el sacerdote desea a los presentes es que reconozcan al Señor presente en la asamblea, recordando que Jesús dijo que “donde dos o más se reúnen en mi nombre yo estoy presente en medio de ellos” (Mt 18, 20). Sí, el Señor está con nosotros, pero con este saludo el sacerdote desea que lo reconozcamos u que nosotros estemos con el Señor, que lo encontremos en la celebración.

“La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes.”

La segunda opción de saludo son las últimas palabras que escribió san Pablo en su segunda carta a los corintios (2 Cor 13, 14). Es el mismo deseo que el Señor esté con nosotros, pero explicitado en las Tres Personas Divinas. Se expresa ese estar de Dios con nosotros, pidiéndole al Padre que sea mediante su amor; al Hijo, mediante su gracia; y al Espíritu Santo por su comunión.

“La gracia y la paz de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo, el Señor, esté con todos ustedes.”

La tercera opción de saludo también es una expresión paulina. La usa san Pablo para saludar a la comunidad de Corintio (2 Cor 1, 2) y a la comunidad de Éfeso (Ef 1, 2). Esos deseos de Pablo a las primeras comunidades cristianas siguen siendo los deseos de los sacerdotes para el pueblo de Dios que ahora se congrega. Es, nuevamente, el mismo deseo que el Señor nos acompañe, pero ahora pidiendo que sea a concediéndonos su gracia y su paz.

“La paz esté con ustedes”

Cuando un obispo celebra la misa, en vez de usar las anteriores fórmulas de saludo puede usar esta. Cuando Jesús se le apareció a sus apóstoles después de haber resucitado, los saludaba con esta fórmula (Lc 24, 36; y Jn 20, 19, 20 y 26). Los sucesores de aquéllos a quienes Jesús saludó así, nos saludan ahora con las mismas palabras de Jesús.

“Y con tu espíritu”

Al saludo del sacerdote, el pueblo responde de esa manera, para implorar a Dios por el celebrante, para pedir que el Señor también lo acompañe a él; o que la gracia y la paz del Señor estén con él, dependiendo de la fórmula utilizada.

2. Acto penitencial

Después, el sacerdote invita a todos al arrepentimiento con alguna de las fórmulas que propone el Misal, y se guardan unos momentos de silencio. La liturgia se compone de gestos, de palabras y de silencios. No todo es decir o hacer. También hay espacios de silencio, en los que cada uno de los presentes pueden orar o meditar en privado. Este es uno de esos momentos. Se dejan estos instantes para que cada uno haga un examen de conciencia, para que reflexione sobre sus pecados. Es el momento en que cumplimos la

recomendación de san Pablo de examinarnos antes de participar de la mesa eucarística (1 Cor 12, 28).

Todos tenemos faltas, porque hasta el justo peca siete veces al día (Prov 24, 16). El espacio de silencio es breve. No nos dará tiempo de hacer un examen de conciencia profundo, pero quizá podemos centrarnos en los pecados contra un mandamiento, en las faltas contra una determinada virtud, o en los pecados de algún tipo (los de pensamiento, los de palabra, los de obra o los de omisión).

Después, se hace la confesión de los pecados, recordando a los que antes de encontrarse a Jesús acudían con el Precursor a confesar sus pecados (Mt 3, 6; Mc 1, 5), y lo dicho por san Juan: que si confesamos nuestros pecados, Dios nos perdonará y nos limpiará (1 Jn 1,9). Hay tres modos de realizar esto:

A. Primera forma

“Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión:”

En el primer modo todos los presentes repiten a la vez la fórmula de confesión. Esta inicia con el pronombre de la primera persona del singular: Yo. Soy yo quien se confiesa, porque yo soy pecador. Hago esta confesión ante Dios, contra quien pequé (Sal 51, 6), y también ante la comunidad cristiana, pues cada uno de nuestros pecados, aunque haya sido cometido en la soledad, hiere a toda la iglesia (1 Co 12, 26). Podemos pecar con el pensamiento (Mt 5, 28), con nuestras palabras, con nuestras acciones, o dejando de hacer el bien (Mt 25, 35-45).

Ya en el Antiguo Testamento aparece el gesto de golpearse el pecho como una forma de manifestar que se reconoce la culpa, que duele en el corazón el mal hecho o el bien omitido, y que se pide perdón por ello (Is 32, 12). El mismo Jesús se refirió a este gesto en la parábola del publicano que

subió al templo a orar (Lc 18, 13). En la misa nosotros realizamos ese gesto mientras decimos:

“Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.”

Ante nuestros pecados se extiende la misericordia de Dios. Le pedimos esta misericordia no por nosotros, que nada somos, sino por las súplicas de Santa María, de los ángeles, de los santos, y de los demás bautizados:

“Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.”

Salvo que se mencione en las antífonas u oraciones del propio del día, puede ser ésta la primera de las dos veces que se menciona el nombre de María en la misa. Para el sacerdote es obligatorio inclinar la cabeza al decir su nombre; para los fieles no es clara la rúbrica, pero puede hacerse. Aquí la vemos como “Refugio de los pecadores”, como la “Madre de misericordia”, que nos acerca al perdón de su Hijo.

B. Segunda forma

El segundo modo de confesar los pecados es mediante un diálogo entre el sacerdote y todos los presentes. El celebrante inicia invocando la misericordia de Dios con las palabras del salmo (123,3):

“Señor, ten misericordia de nosotros.”

Invocamos esta misericordia porque somos pecadores, y así lo confesamos con las palabras del profeta Jeremías (14, 20):

“Porque hemos pecado contra ti.”

Como hemos pecado, nuevamente el sacerdote, en nombre de todos, le pide al Señor que sea misericordioso con las palabras del salmo (85,8):

“Muéstranos, Señor, tu misericordia.”

Y por medio de su misericordia, todos le pedimos, que nos traiga la salvación con el mismo salmo 85:

“Y danos tu salvación.”

C. Tercera forma

El tercer modo de confesión de los pecados también es mediante un diálogo entre el sacerdote y los demás fieles. El sacerdote recuerda que Jesús vino a sanar los corazones afligidos (Lc 4, 18; e Is 61, 1); que Jesús vino a llamar a los pecadores para que se conviertan (Lc 5, 32) y que Jesús está a la derecha del Padre para interceder por nosotros (Rom 8, 34). El Misal propone otras formas de invocar al Señor, que pueden variar con el tiempo litúrgico. Aquí hemos expuesto las que constituyen la primera opción. A cada una de estas invocaciones se responde pidiéndole al Señor piedad por nuestros pecados.

D. Absolución

“Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.”

Los tres modos de confesión terminan de la misma forma: con la absolución del sacerdote. La Iglesia siempre ha recalcado que esta absolución no puede perdonar los pecados mortales,¹ pues para ello el medio ordinario con el que contamos los bautizados es el sacramento de la penitencia. Sin embargo, recibiremos una gracia con esta fórmula. Una gracia que puede ablandar nuestro corazón y llevarnos al sacramento del perdón; y que puede perdonarnos los pecados veniales.

Con la parábola del publicano y el fariseo (Lc 18, 9-14), Jesús nos explica que no basta con acudir al templo, a la misa, para ser justificados. Depende de las disposiciones interiores. Si nos dolemos de nuestros pecados y

¹ CIC, c. 960; IGMR 51

hacemos un propósito de cambiar, y no nos limitamos a repetir palabras, recibiremos gracia con el acto penitencial.

3. Bendición y aspersión del agua

Los domingos, en vez de hacer el acto penitencial de acuerdo a alguna de las formas antes dichas, puede llevarse a cabo la bendición y aspersión del agua en memoria del Bautismo.

Al principio, el Espíritu aleteaba sobre las aguas (Gen 1,2), y con ello le dio el poder de dar la vida. En el Diluvio, Dios usó el agua para terminar el pecado (Gen 6-8). Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto a través de las aguas del mar Rojo (Ex 14). Jesús mismo entró en el Jordán para santificar el agua (Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21-22; Jn 1,29-34). Del costado de Jesús salió sangre y agua (Jn 19,34). Y el Maestro, antes de ascender, mandó a sus discípulos bautizar a toda creatura para el perdón de los pecados (Mt 28,19).

Siendo puestos bajo el agua bien sea por infusión o por inmersión, nos unimos a la muerte de Cristo, y saliendo del agua, nos unimos a su resurrección. De esta forma se nos perdonó el pecado original y todos los pecados que hubiésemos cometido. En la Vigilia Pascual renovamos solemnemente ese Bautismo, y podemos recordarlo cada domingo, pascua semanal, mediante este rito.

Este rito consta de dos partes. La primera es la bendición del agua. Hay dos formas de hacer la bendición. Una es una oración que dice el sacerdote, en medio de la cual traza el signo de la cruz sobre el agua. Otra consta de unas invocaciones a Dios que hace el sacerdote, que son respondidas por los fieles bendiciendo a Dios.

Al terminar la fórmula de bendición, en algunos lugares ha pervivido la antigua costumbre de verter sal sobre el agua, recordando que el profeta

Eliseo echó sal sobre aguas malsanas y con ello quedaron limpias (2 Rey 2, 19-24).

La segunda parte del rito es la aspersión del agua. El sacerdote rocía a todos los presentes con el hisopo, como Moisés roció al pueblo (Ex 24,8). Podemos recordar mientras tanto las palabras del salmo 51: “Purifícame con el hisopo y quedaré limpio; lávame, y quedaré más blanco que la nieve.”

Quizá solo sea una gota de agua la que nos moje, pero con ella podemos recordar (o imaginar, si éramos pequeños) el momento de nuestro Bautismo, cuando el agua rodó por nuestro cuerpo limpiándonos del pecado, y transformando para siempre nuestra existencia. Este recuerdo debe ir acompañado de un deseo de volver a ese estado de limpieza espiritual perfecta, a pedir perdón por los pecados cometidos desde entonces y, por amor a Dios, hacer el propósito de no volver a pecar.

4. *Kyrie eleison*

Después del acto penitencial siguen las invocaciones *Kyrie Eleison* o Señor ten piedad, salvo que se haya empleado la tercera fórmula del acto. No son parte del acto penitencial, como muchas veces se piensa. El acto penitencial ya concluyó con la absolución.

En los primeros tiempos de la Iglesia, el diácono hacía diversas peticiones en las que rogaba por las necesidades de la Iglesia, y los fieles respondían en griego diciendo *Kyrie eleison* (Señor, ten piedad) o *Christe eleison* (Cristo, ten piedad). Posteriormente, los invitatorios diaconales se suprimieron quedando reducida la súplica litánica a los kiries.

Así, en estas súplicas podemos pedir nuevamente por el perdón de los pecados, pero también por cualquier necesidad de la Iglesia o de nosotros, a la que toda la comunidad se une, pidiéndole al Señor que se apiade de nuestras necesidades, como los diez leprosos se lo pidieron (Lc 17, 13), o los ciegos que le gritaban que se apiadara de ellos (Mt 9, 27).

5. Gloria

Los domingos que no sean de los tiempos de Adviento o de Cuaresma, y en las fiestas y solemnidades, tras los kiries se entona el Gloria.

En un inicio este himno no era parte de la misa. Se introdujo para las misas que celebraba el papa en Navidad, pues inicia con las palabras que cantaban los ángeles tras anunciar a los pastores el nacimiento de Jesús (Lc 2, 14). Después también se permitió cantarlo en el día de Pascua. Siendo el domingo la Pascua semanal, posteriormente se permitió que se cantara todos los domingos, pero únicamente en las misas episcopales; los sacerdotes únicamente podían cantarlo el día de Pascua. Finalmente, se extendió a todas las misas dominicales, a las solemnidades y a las fiestas.

El Gloria es una doxología, es decir una alabanza que ensalza a Dios. Como se dijo, el himno inicia con las palabras que cantaban la legión del ejército celestial para anunciar el nacimiento del Salvador, el Mesías, el Señor:

“Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor.”

Tras las palabras angélicas, ahora le hablamos a Dios. Primero al Padre todopoderoso. Cumpliendo el primer mandamiento de la ley, adorar al Señor (Dt 6, 13 y Mt 4,10), le decimos con palabras lo que con corazón y obras buscamos los cristianos: alabarlo, adorarlo, glorificarlo y bendecirlo. Y como producto de la adoración y del reconocimiento de nuestra sumisión a él, le manifestamos nuestra gratitud, como María, por las grandes cosas que ha obrado (Lc 1, 46-49):

“Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso.”

Después le hablamos a Jesucristo, el Cordero de Dios, el Hijo del Padre. A él nos dirigimos suplicantes, pidiéndole que se apiade de nosotros, que atienda nuestra plegaria, que tenga piedad de nosotros:

“tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros;

Tras ello, concluimos con palabras de adoración ahora a la Santísima Trinidad, que es la manera en la que concluían los himnos que se cantaban en las sinagogas, y que es la forma que usa san Pablo utiliza para concluir apartados de sus epístolas. Por ello el Gloria concluye:

“porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la Gloria de Dios Padre.”

6. Oración colecta

Después viene la oración colecta. El sacerdote dice:

“Oremos”

Es una invitación la oración personal. Para ello, se dejan unos momentos de silencio, como se hizo al inicio del acto penitencial. Todos, el sacerdote y los fieles, pueden pedirle a Dios en su corazón por aquéllas las necesidades por las que tengan la intención. Aquí el sacerdote no dice en voz alta las intenciones de la Misa; es mejor decirlas después del saludo inicial.

La palabra colecta proviene del latín, y significa recolectar. Con la oración que pronunciará el sacerdote se recolectan todas las intenciones que él y los fieles elevaron a Dios en silencio. El sacerdote las recoge y las concluye con una oración, que es la primera ocasión en la que se dirigirá a Dios de forma solemne.

Para decirla, el sacerdote extiende las manos. Al saludar al pueblo abrió y cerró los brazos. Lo hizo como un gesto de saludo, de extenderlo hacia todos los presentes. Aquí el gesto es distinto. Es extender las manos en forma sacerdotal, como Moisés que oraba con los brazos extendidos para

que el Israel pudiera vencer a los amalecitas (Ex 17, 11). Es bendecir a Dios con la postura de la que hablan los salmos (Sal 28, 2; 63, 5; y 141, 2), como una profecía de la postura de la cruz. Es dirigirse al Padre con la postura con la que lo hizo en la cruz el Sumo y Eterno Sacerdote, Jesucristo. Es orar como recomienda San Pablo, “levantando las manos al cielo” (1 Tim 2, 8). El sacerdote abre los brazos porque se dirige al Inmenso, a la vez que los levanta porque se dirige al Altísimo. Así, el sacerdote busca abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, todo lo que abarca el amor de Cristo, como dice San Pablo (Ef 3, 18).

Con esta postura se dirige a Dios. Las palabras cambian cada día. Puede dirigirse al Hijo, en cuyo caso la oración concluirá con una doxología, con una alabanza a la Trinidad, pero que inicia refiriéndose al Hijo, para darle coherencia:

“Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios por los siglos de los siglos.”

Sin embargo, lo más común y lo más antiguo es que la oración se dirija al Padre, como Jesús nos enseñó en las diversas ocasiones en que aparece orando en el Evangelio. Hasta en la cruz se dirigía al Padre. Se lo pedimos nosotros que no somos mas que polvo, y que nada valemos. Por ello, se lo pedimos en nombre de Jesús, quien nos invitó a pedir en su nombre (Jn 14, 13). Esta petición también se expresa en forma de doxología, de alabanza a toda la Trinidad. Por coherencia con lo que se está diciendo, si la oración menciona al Hijo al final, la doxología es:

“Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.”

De lo contrario, que es lo más común, la doxología será:

“Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.”

SEGUNDA PARTE.

LA LITURGIA DE LA PALABRA

En la misa tenemos la oportunidad de nutrarnos de Dios a través de dos fuentes. La primera es la Palabra de Dios. La segunda es del Pan de Vida. Ya preparados por los ritos iniciales, nos disponemos a alimentarnos de la Palabra. La palabra que revela la salvación no puede ausentarse de donde la salvación acontece, de la misa.

Los ritos iniciales se presidieron desde la sede. Ahora nuestra atención se centra en el ambón, que es la mesa de la Palabra (Neh 8, 4-5) En las sinagogas ya existía un estrado desde donde se leían las Escrituras. Cuando el culto se empezó a celebrar en templos, se recuperó ese estrado para ayudar a una mejor audición de todos los presentes. Después cayó en desuso, pero tras el Concilio Vaticano II se recuperó, para favorecer la escucha de la Palabra.

I. LECTURAS

Antes del Evangelio se pueden proclamar una o dos lecturas, dependiendo del día. También se canta o lee un salmo. Un laico puede hacerlas. Quien lee debe de tener presente que está dando a conocer un texto sagrado. Su entonación y su ritmo han de corresponder a lo que se dice. Debe orar mientras lee.

Escuchar la proclamación no es para conocer acontecimientos o palabras del pasado. Hay que hacer una escucha orante, tratando sí de conocer, pero también de comprender que hay un mensaje actual, que hay algo que el Señor me quiere decir a mí hoy y ahora.

Podemos leer las Escrituras en cualquier lugar. Sin embargo, su lectura y escucha en la misa es distinta. En la liturgia, escuchamos como comunidad, todos juntos. Como escuchaban los israelitas lo que el Señor había dicho a

Moisés (Ex 34, 29-35). Como las multitudes escuchaban a Jesús predicar la Buena Nueva. O como las primeras comunidades escuchaban los dichos y escritos de los Apóstoles. La voz del Esposo concurre con la de la Esposa.

Respecto a lo que ocurría con Jesús, dice san Lucas que María guardaba y meditaba todas esas cosas en su corazón (Lc 2, 19). Debemos imitar a Nuestra Señora en la Liturgia de la Palabra. Que sea un tiempo en el que guardemos y meditemos la Palabra de Dios que escuchamos o leemos.

I. Primera lectura

Todos nos sentamos para escuchar las lecturas. Es la posición de los alumnos que, sentados, escuchan al maestro. Entonces se leen perícopas (fragmentos) de la Escritura, de partes que no sean los Evangelios. Los domingos y solemnidades serán dos lecturas; el resto de días, sólo una.

Los domingos que no son del tiempo de Pascua, la primera lectura se toma del Antiguo Testamento. Podemos imaginarnos cómo se leían esos pasajes en las sinagogas. El mismo Jesús, en la sinagoga de Nazaret, leyó un pasaje del profeta Isaías (Lc 4, 16-20). Al terminar de leer, Jesús explicó que esa profecía se había cumplido. En los textos del Antiguo Testamento podemos ir descubriendo a Jesús, pues todos se refería a él. Con la lectura del Evangelio, seremos plenamente consientes de cómo todo se refería a él, así como Jesús se los explicó a los discípulos que caminaban a Emaús (Lc 24, 25-27).

Los domingos del tiempo de Pascua, la primera lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles. En la Vigilia Pascual los catecúmenos son bautizados, y los ya cristianos renovamos nuestro Bautismo. Es un nuevo comienzo. Al estar ante un nuevo inicio, se recuerdan los acontecimientos de los comienzos del cristianismo, los primeros pasos de la Iglesia.

Entre semana, y fuera del tiempo de Pascua, la única lectura se puede tomar del Antiguo Testamento o de las cartas apostólicas. En tiempo de Pascua, esta única lectura se toma de los Hechos de los Apóstoles.

2. Salmo responsorial

A lo que Dios nos dijo en la primera lectura se le responde con un salmo. Los salmos son las palabras que ha inspirado Dios para que lo alabemos. Así, alabamos para responder a lo que Dios nos dijo. No solo es escuchar, como se hizo en la lectura. Ahora nuestra acción también supone otra cosa: alabar con las Escrituras.

Alabar y rezar con salmos es algo que se hacía desde el Antiguo Testamento. El mismo Jesús rezó con salmos. Incluso, clavado en la cruz, oraba con el salmo 22 (Mt 27, 46; Mc 15, 34). El libro de los Salmos es el más citado en el Nuevo Testamento.

Pensemos que la lecturas de los Evangelios y de las cartas apostólicas no siempre estuvo presente en la misa. Se necesitaban escribir y difundir para que pudieran ser parte de la celebración. La parte de la Escritura que siempre ha estado presente en la misa son los salmos.

Se ha dicho que debemos leer los salmos como si fuéramos el autor, esto es, pronunciando o escuchando las palabras reflejando los deseos, sentimientos y afectos que inspiraron al autor. Los Padres de la Iglesia señalaron que la clave de los salmos es Cristo. El mismo Jesús resucitado así lo dijo al indicar que era necesario que se cumpliera en él todo lo que los salmos decían sobre sí (Lc 24, 44). Es decir, fueron compuestos para que él los recitara.

Los Padres de la Iglesia también indicaron que la clave de Cristo de los salmos no solo es la persona individual de Jesús, sino el Cristo total formado por Cristo cabeza, y por los miembros de su cuerpo, que somos nosotros.

Si en el Evangelio conocemos los dichos y hechos del Señor, en los salmos conocemos los sentimientos de Jesús. Con el salmo, por lo menos la antífona que repite toda la asamblea, debemos apropiarnos de los sentimientos de Jesús. Así lograremos hacer realidad el consejo de san Pablo, de tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (Fil 2,5)

3. Segunda lectura

Los domingos y en las solemnidades, tras el salmo se proclama una segunda lectura, que se toma de una de las epístolas apostólicas. Podemos imaginarnos a las primeras comunidades cristianas recibiendo una carta de un apóstol y leyéndolas en sus reuniones, en las primeras misas. Podemos imaginarnos que somos de Roma, de Corinto o de Éfeso y que recibimos una carta, que nos da consejos para nuestra vida. Pedro, Pablo, Juan Santiago o Judas, que de primera mano conocieron a Jesús, nos transmiten su mensaje.

4. Secuencia

En la Edad Media se compusieron himnos poéticos que explicaban el misterio que se celebraba, que se llamaron secuencia. Tras el Concilio de Trento sólo pervivieron cinco. Y actualmente contamos con cuatro: dos son obligatorias (Pascua y Pentecostés) y dos son potestativas (Corpus Christi y la fiesta de la Dolorosa). La secuencia se escucha permaneciendo sentados, y buscando deleitarse con los versos que poéticamente explican el misterio que ese día se celebra, buscando profundizar en su conocimiento con la ayuda del Espíritu Santo.

II. EVANGELIO

1. Aclamación al Evangelio

Llega el momento culminante de la liturgia de la Palabra. Nos preparamos para escuchar ahora al mismo Jesús. Si anteriormente estábamos sentados como discípulos, ahora nos ponemos de pie en señal de respeto a que la Palabra que pronunció el Padre Eterno nos hablará ahora. No son palabras inspiradas; son las palabras de la Palabra las que escucharemos.

Nos preparamos para esta escucha alabando a Dios. Salvo en la Cuaresma, lo alabamos repitiendo una palabra hebrea: aleluya. Aleluya significa alabad a YHVH. Las últimas dos letras (ya) son una abreviatura de Yahveh. Esta expresión de alabanza aparece 25 veces en los salmos. También aparece en el libro de Tobías (13, 18) y en el Eclesiástico (51, 15). En el Nuevo Testamento aparece en el Apocalipsis, cuando se relata la alegría del cielo (19, 1-6). Esta alabanza se dice junto con un versículo que nos ayuda a introducirnos en el pasaje evangélico que se leerá.

Antiguamente, en algunas regiones, se le había dado al aleluya un carácter pascual. Por ello, en los tiempos de Cuaresma y de la Septuagésima (un tiempo que comprendía las tres semanas previas a la Cuaresma), no se decía el aleluya, sino un tracto. Ahora durante la Cuaresma se aclama al Evangelio con otra expresión distinta, que se acompaña del versículo.

Durante la aclamación, se prepara la proclamación del Evangelio. Si se emplea incienso, el celebrante coloca unos granos en el turíbulo.

Además, el clérigo que va a leer el Evangelio se prepara para hacer esa acción sagrada. Si es el sacerdote celebrante, se coloca frente al altar, el gran símbolo de Cristo, y reza una oración:

“Purifica mi corazón y mis labios, Dios todopoderoso, para que anuncie dignamente tu Evangelio”

Si un diácono es quien va a proclamar el Evangelio, o si es un presbítero y el obispo celebra la misa, en vez de rezar esa oración se para frente al celebrante principal y le pide que lo bendiga para realizar esa acción sagrada:

“Padre, dame tu bendición.”

Y el celebrante lo bendice diciendo en voz baja:

“El Señor esté en tu corazón y en tus labios, para que anuncies dignamente su Evangelio; en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.”

Los fieles no deben de decir nada. Sin embargo, pueden decir en su corazón algunas palabras similares para prepararse a escuchar a Jesús. Algo como: “Purifica mi corazón y mis oídos, Dios todopoderoso, para que escuche dignamente tu Evangelio”.

Si el Evangelionario se colocó sobre el altar al inicio de la misa, el clérigo que va a leer el Evangelio lo toma y lo lleva procesionalmente hasta el ambón. Puede ir acompañado de dos acólitos que portan ciriales, como una forma de reconocer a Jesús en el Evangelio.

2. Evangelio

En el ambón, el clérigo que va a proclamar el Evangelio, como al inicio de la misa, extiende su deseo de que el Señor esté con todos los presentes. No es una afirmación de que está. Es un deseo: que reconozcamos al Señor en las palabras que vamos a escuchar, que son sus palabras, para que esas palabras sean fecundas en nosotros. Dice, por tanto:

“El Señor esté con ustedes.”

Y los fieles responden con el mismo deseo: que el Señor también esté con quien va a proclamar el Evangelio mientras realiza esta acción sagrada, a fin de que lo haga de forma que produzca frutos espirituales en él y en los oyentes:

“Y con tu espíritu.”

Luego, el clérigo que proclamará el Evangelio hace la señal de la cruz sobre el libro. No lo bendice, porque es la Palabra de Dios, que es por esencia bendita. Hace la señal de la cruz para tocarlo, como para tomar la bendición de la Palabra en nombre de todos.

Quien proclama el Evangelio después hace la señal de la cruz sobre su frente, sus labios y su pecho. Lo mismo hacen todos los asistentes. Este gesto no es persignarse, ir dando saltos con el dedo formando tres pequeñas cruces y luego santiguándose colocando la mano en la cabeza, en el pecho y los hombros. Es hacer con el pulgar tres señales de la cruz en distintos lugares del cuerpo. Como si esa bendición tomada de la Palabra de Dios por el clérigo en nombre de todos, nos la pusiéramos en la cabeza, para entender lo que se va a decir; en los labios, para repetir lo que escucharemos; y en el corazón, para que ahí quede y cambie nuestra vida. Mientras se hacen estas señales, el clérigo dice:

“Lectura del santo Evangelio según san N.”

A lo que los presentes responden alabado al Señor:

“Gloria a ti, Señor.”

Si se emplea incienso, en ese momento el clérigo inciensa el libro como señal del culto y del honor que se le tiene no al objeto sino a las palabras de Jesús que ahí están escritas. Bendición, procesión, incensación. La liturgia no solo es lectura, sino acción. Luego de incensar, o tras la alabanza, se proclama el Evangelio.

El Misal indica que todos los presentes han de volverse hacia el ambón en este momento. Es una postura corporal que pretende ayudarnos a volvernos hacia Jesús, a descubrir que él es el Camino, que no tiene sentido mirar hacia otro lugar, a ir a otro sitio, porque solo él tiene palabras de vida eterna, como le dijo Pedro (Jn 6, 68). Escuchar las palabras de Jesús, como él mismo dijo, nos dará vida eterna (Jn 5, 24). Con esa confianza, escuchamos atentamente.

Al acabar de proclamar el Evangelio el clérigo dice:

“Palabra del Señor.”

A lo que se responde aclamando nuevamente:

“Gloria ti, Señor Jesús.”

Luego, el clérigo que leyó el Evangelio, o el celebrante principal, lleva a cabo un bonito gesto que muchas veces pasa desapercibido, que es besar el libro. Así como se veneró el altar con un beso al inicio de la misa, ahora se hace un acto de fe y reconoce en las palabras dichas a Jesús. El beso es una manifestación de amor. Muchas veces se piensa que los cristianos separados son los que más aman las Escrituras. Pero no es así. Los católicos amamos igual o más a la Palabra de Dios. Por eso se hace este gesto, mientras quien lo realiza dice en secreto:

“Las palabras del Evangelio borren nuestros pecados.”

Sólo quien besa el libro lo dice, pero todos podemos hacer en nuestro corazón la misma petición de purificación. La lectura del Evangelio no nos perdonará los pecados mortales, pero puede alejar el pecado de nuestras vidas. Sus palabras de vida pueden transformar nuestra existencia, convertirnos hacia Dios. El amor de Jesús por nosotros arde en cada letra del Evangelio. Cuando se acerca se amor ardiente a la boca del clérigo, y hemos escuchado de corazón las palabras de la Palabra, podemos sentir que no solo a él, sino a todos, el serafín del que habla Isaías nos dice: “Como esto ha tocado tus labios, se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado” (Is 6, 6-8).

III. HOMILÍA

Jesús resucitado, antes de partir el pan con los discípulos que caminaban a Emaús, les explicó las Escrituras (Lc 24, 25-27). Anteriormente, Jesús tuvo que explicar sus parábolas a petición de Pedro, porque no habían

comprendido (Mt 15, 15). De ese modo, en la homilía, el celebrante o el diácono explicará las lecturas que se escucharon.

Quien hace la homilía cumple el mandato de Jesús de predicar su Evangelio (Mc 16, 15). La predicación es un servicio. No es un discurso, ni una conferencia, ni una clase. Es orar, retomar el diálogo que ya se había entablado entre el Señor y su pueblo, para que se materialice en la vida de cada uno.²

El papa Francisco dio muy buenos consejos sobre cómo predicar la homilía en su exhortación *Evangelii Gaudium*. Hay una buena guía para ello en el *Directorio Homiliético* publicado por la Congregación para el Culto Divino.

A veces los sacerdotes no siguen esos consejos, y los fieles no sienten que las palabras del predicador no hacen arder su corazón, como sintieron los discípulos de Emaús. A diferencia de los dichos de Jesús, las palabras del predicador pueden ser complicadas y su hablar monótono y aburrido. La homilía puede ser un momento de tedio, que se espera acabe pronto.

Aburrirnos puede ser normal. Eso pasaba hasta cuando los apóstoles predicaban. Narran los Hechos de los Apóstoles que un muchacho llamado Eutico se quedó dormido junto a una ventana mientras san Pablo predicaba en una misa (20, 7-12).

Pero ante el aburrimiento, la actitud cristiana no puede ser la crítica ni la murmuración contra el predicador. Debe ser la humildad. Escuchar humildemente pues, hasta de la profundidad del pozo de las palabras más aburridas podemos sacar aunque sea una gota de agua que riegue nuestro corazón para que en él pueda brotar la flor de la gracia.

Hay que pedirle siempre al Señor que de algún modo las palabras del sacerdote sirvan para abrirnos el entendimiento y comprender las Escrituras, como hizo con los apóstoles en el cenáculo cuando se les apareció resucitado (Lc 24, 44-48).

² Papa Francisco, Audiencia general del 7 de febrero de 2018.

Si no se hace la homilía, o al finalizar ésta, pueden guardarse unos momentos de silencio. Ya hubo una pausa silenciosa en el acto penitencial y otra antes de la oración colecta. Esta puede ser la tercera. Recordemos que la liturgia también se compone de silencios. El silencio es el ascensor al Cielo. El silencio no es una ausencia; es una manifestación de la presencia más intensa que existe y que sólo sin ruido puede escucharse. La Palabra que habló el Padre sólo puede ser escuchada en silencio, como explicó san Juan de Ávila.

Cuenta el Primer Libro de los Reyes (6, 7), que mientras se edificaba el templo de Salomón no se escuchaban martillos ni hachas. Es decir, el templo se construyó en silencio. Cada uno de nosotros, los bautizados, somos templos de Dios, como dice san Pablo. Ese templo, ese espacio para que habite Dios ha de construirse en silencio. El ecosistema en el que puede habitar la Palabra es el silencio, pues de otra forma no puede ser oída.

El silencio nos permite escuchar lo que no puede ser proferido. Este momento es para comunicarnos con Dios. No una comunicación con palabras, sino de forma más profunda. Como los enamorados que, en silencio, y solo con la mirada, se dicen las cosas más profundas, que no pueden expresarse con palabras.

Este es un momento de silencio orante, que nos lleva a pensar: ¿qué me dicen a mí las lecturas?, ¿qué le digo yo a Dios sobre ese texto?, ¿qué hacer como resultado de esta meditación?

IV. PROFESIÓN DE FE

Después de resucitar, Jesús dijo que “el que crea y sea bautizado se salvara” (Mc 16, 16). Por eso, inmediatamente antes del Bautismo hay que confesar la fe. Desde los primeros tiempos de la Iglesia, era en la Vigilia Pascual en donde se administraba el sacramento del Bautismo. Los ya cristianos en esa

vigilia renovaban su propio Bautismo, por lo que renovaban su profesión de fe.

Primero en Oriente, y después también en Occidente, la profesión de la fe empezó a hacerse todos los domingos por ser la Pascua semanal, como un modo de recordar más constantemente la verdadera fe ante la proliferación de las herejías.

Los textos con los que se profesa la fe se denominan símbolos. Ello porque la palabra griega *symbolon* significaba una señal que se tiene para darse a conocer. El símbolo, por tanto, es el signo de identificación y de comunión entre los creyentes.

En la misa puede emplearse el símbolo llamado Niceno-constantinopolitano, por ser fruto de los concilios ecuménicos de Nicea y de Constantinopla. También puede usarse el llamado símbolo de los Apóstoles, que era el empleado como profesión de fe en los bautismos en Roma, la sede del Príncipe de los Apóstoles, Pedro.

Cualquiera de los dos se divide en tres partes. Primero habla de la Primera Persona divina y de la obra de la creación. Después se confiesa la fe en la segunda Persona y se en el Misterio de la Redención. Y finalmente se habla de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación.

El símbolo, también llamado Credo, no se reza porque no es una oración. Se profesa o se dice. Y en el momento en el que recordamos la Encarnación, todos hacemos una inclinación profunda, ante el misterio de que el mismo Dios, la Palabra que era la luz (Jn 1, 9), se hizo hombre. No tomó la apariencia de hombre; se hizo hombre. En todo semejante a nosotros menos en el pecado (Hb 4, 15). Es tan fuerte esta afirmación que muchos herejes negaron la divinidad o la humanidad de Jesús pese a ser tan claro el prólogo del Evangelio de San Juan (1, 14). Nosotros inclinamos nuestra cabeza, nuestro entendimiento, ante ese Misterio. Y en las solemnidades de la Natividad y de la Anunciación del Señor, no solo nos inclinamos, sino que nos arrodillamos para confesar este Misterio.

Después de menciona la muerte y la resurrección de Jesús. Podemos pensar que fueron dos acontecimientos más centrales de la fe, pues los cristianos somos, ante todo, los testigos de la resurrección y, por ello, que sería más lógico inclinarse al profesar la fe en estos acontecimientos. La liturgia prevé una inclinación en este momento porque posteriormente, en la misa, estaremos en presencia de la misma muerte y resurrección de Jesús. Y en ese momento nos arrodillaremos ante esos misterios.

Recordar el momento que partió la Historia en dos, la Encarnación y la Natividad, tiene un sentido cristológico. Pero también mariano. Profesamos la fe en la Encarnación que tuvo lugar en el vientre de María. La segunda mención que puede hacerse de Nuestra Señora en la misa es para proclamar la fe en Jesús habitando en María.

La segunda sección de la primera parte del Catecismo de la Iglesia Católica explica línea por línea el símbolo de forma muy extensa. La segunda sección de la primera parte del Compendio del Catecismo lo explica de forma más sencilla y sintética. Quizá cada semana podemos leer la explicación de una línea del símbolo para que, al momento de profesarla el domingo, lo hagamos de una forma más consiente.

V. ORACIÓN DE LOS FIELES

Al final de los ritos iniciales el sacerdote recolectó y presentó las necesidades e intenciones de todos los presentes a Dios mediante la oración colecta. De todos los presentes, es decir, de los bautizados y de los catecúmenos. Eso porque ellos pueden estar presentes hasta la homilía; para profesar la fe se retiran. Ahora, al final de la Liturgia de la Palabra, se presentan en voz alta las intenciones, pero solo lo hacen los bautizados, los fieles. De ahí el nombre de esta oración.

Esta oración se hacía antiguamente y luego desapareció por varios motivos. El Concilio Vaticano II pidió que se reinstaurara.

Esta oración inicia con una invitación del sacerdote a presentar las súplicas a Dios. Después un lector presenta cada una de las intenciones por las que se ha de orar, tras lo cual todos con una sencilla fórmula ruegan a Dios por esa necesidad, o bien pueden orar con un momento de silencio. Esta segunda opción casi nunca se utiliza, pero a veces puede ser útil hacer estas pausas para que cada uno de los presentes ruegue en su corazón por la intención propuesta. Al final, el sacerdote concluye con una plegaria más extensa en la que se dirige a Dios de modo solemne, con las manos extendidas.

Entre las intenciones que deben proponerse debe estar la Iglesia, los gobernantes, la salvación del mundo entero, los que se encuentran en necesidades particulares y la comunidad local.

Hay que orar verdaderamente por la intención y no limitarnos a repetir una fórmula mecánicamente. Que sea una oración como la de Jesús: por la fe (Lc 22, 32), por la unidad y la santificación de la Iglesia (Jn 17, 11-17). Que sea una verdadera oración de unos por otros para ser sanados, como pide el apóstol Santiago (San 5, 16). Que sea verdaderamente orar en el Espíritu por todos nuestros hermanos en la fe, como pide san Pablo (Ef 6, 18), y como él mismo hacía (Col 1,3 y 1 Tes 1, 2), haciendo rogativas y peticiones por todos los hombres (1 Tim 2, 1).

TERCERA PARTE

LA LITURGIA EUCARÍSTICA

I. OFERTORIO

En los ritos iniciales el centro de la celebración estuvo en la sede. En la liturgia de la Palabra, en el ambón. Ahora se traslada el centro al altar, la piedra desde la que se ofrece el Sacrificio, el lugar desde donde el sacerdote ofrecerá a Cristo al Padre por medio del Espíritu Santo.

Hasta antes de ese momento, además de las velas y del crucifijo, en el altar no debía haber nada. El Evangeliario pudo estar hasta que se proclamó el Evangelio. Pero desde entonces, no había nada. Terminando la oración de los fieles, todos se sientan, y sobre el altar se coloca el corporal, una tela cuadrada sobre la que se dejará el pan y el vino. Se llama corporal por *corporis*, en latín cuerpo, porque anteriormente el Cuerpo de Cristo se colocaba directamente sobre esta tela. El corporal sirve para recoger los fragmentos del Cuerpo del Señor que caigan al fraccionarlo.

Fuera del corporal se coloca el cáliz, el vaso sagrado en el que se verterá el vino que más adelante se convertirá en la Sangre del Señor. El cáliz es un símbolo de María. Conforme a la tradición de la Iglesia, se invoca a María llamándola vaso: espiritual, digno de honor e insigne de devoción. María es el vaso, el recipiente que contiene a Jesús dentro. Así como en el seno virginal de Nuestra Señora su sangre se transformó en la sangre de su Hijo, en el cáliz el vino se transformará en la Sangre de Cristo. Como Jesús estaba en el vientre de María, en el cáliz estará Jesús tras la consagración.

Las rúbricas indican que es potestativo que el cáliz se cubra con un velo. Cubrirlo es un bonito signo de que no se trata de una pieza fabricada para la mirada, sino para contener al Señor. Por tanto, cuando no se usa es un buen gesto cubrirlo. Podemos pensar que se cubre como María se colocaba un velo sobre su cabeza.

Es obligatorio dejar sobre el mantel el purificador, una tela alargada que sirve para limpiar los vasos sagrados y los dedos y los labios del sacerdote. Además, se deja ahí el libro que contiene todo lo que habrá de decir el sacerdote, el Misal.

No lo mandan las rúbricas, pero permiten también colocar un objeto cuadrado llamado palia, que sirve para cubrir el cáliz, pues con éste se evita que el polvo o algún insecto entren en el cáliz.

Quien coloca todos estos objetos, sea el sacerdote, el diácono o un acólito, puede pensar que está realizando la misma acción que Jesús les encargó a sus apóstoles antes de la Última Cena: ir a disponer todo para la Cena (Mt 26, 17-19; Mc 14, 12-16; Lc 22, 7-13).

1. Procesión con las ofrendas

Antiguamente los fieles que acudían a la misa llevaban el pan que iba a convertirse en Jesús mediante las palabras de la consagración y lo depositaban sobre el altar. Era un símbolo de que sus esfuerzos se transformaban en Cristo. Con su esfuerzo habían ganado un salario, y con éste habían comprado el pan. O ellos mismos habían amasado el pan. Ese pan ahora se transformaría en Cristo. Con el tiempo se dejó de hacer esta entrega, pues empezó a emplearse pan sin levadura, que no estaba a la venta. Los fieles donaban una limosna, y con éstas se compraba el pan utilizado en la misa.

El Concilio Vaticano II quiso recuperar este simbolismo. Aunque los fieles no compren o elaboren el pan y el vino, sino que se adquieran con las limosnas que se entregan, los llevan en procesión hasta el sacerdote, quien los recibe y los deposita sobre el altar. Son unos cuantos fieles, pero representan a toda la comunidad.

Aquí está nuestro trabajo, nuestros esfuerzos, nuestros dolores, nuestras alegrías. Todo lo que somos. Nuestro ser mismo lo entregamos al sacerdote para que se vuelva Cristo. Para que la misa nos transforme en otros cristos,

en el mismo Cristo. Una misa bien vivida no nos puede dejar siendo iguales que antes.

Se cuenta que, tras una Cuaresma de penitencia, san Jerónimo tuvo una visión de Jesús. Nuestro Señor le preguntó sobre qué era capaz de darle. San Jerónimo le fue respondiendo que sus ayunos, sus penitencias, su familia, sus amigos. Jesús le volvió a preguntar qué era capaz de darle. San Jerónimo no supo que responder. Jesús, entonces, le dijo: dame tus pecados. También podemos entregar nuestros pecados en este momento, para que Jesús los cargue (Is 53, 4) para redimirlos y para curarlos en sus heridas (1 Pe 2, 24).

La materia del sacramento, el pan y el vino, debe ser natural y de la mejor calidad. Si se va a transformar en el Señor, debe ser lo mejor. El pan que se utiliza debe ser ázimo exclusivamente de trigo y hecho recientemente.³ El vino que se emplea debe ser natural, fruto de la vid no mezclado con sustancias extrañas.⁴ Debe de usarse vino autorizado por los obispos pues el vino comercial muchas veces no es natural y fruto de la vid. No puede usarse vino avinagrado.⁵

El pan se lleva en un vaso sagrado llamado patena y en otro más grande llamado copón. El vino, en cambio, no se lleva en el cáliz en donde ha de consagrarse, sino en una jarra pequeña llamada vinajera. En realidad, son dos vinajeras, pues en otra se lleva agua, ya que al vino debe de agregársele un poco de agua para ofrecer el Sacrificio,⁶ por un simbolismo que veremos adelante.

Los fieles llevan al altar pan y vino, pero después recogerán del altar, en la comunión, el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, aunque se oculten bajo las apariencias del pan y del vino.

³ CIC, cc. 924 y 926

⁴ CIC c. 924§3 e IGMR n. 322

⁵ IGMR n. 323

⁶ CIC c. 924§1

Junto con el pan y el vino pueden llevarse otros dones. No son símbolos, sino regalos. Donaciones para el culto, como puede ser velas, o incienso. O donaciones para los pobres, como ropa, alimentos, bebidas, que se les darán posteriormente.

Esta procesión y entrega de los dones es potestativa; no obligatoria. Hay ocasiones en que no puede realizarse, como en las misas entre semana. En estos casos, el acólito lleva el pan y el vino al altar y con ello se simboliza esta donación que todos hacemos del pan y del vino para que se conviertan en Jesucristo, y de la donación que hacemos de nuestro propio ser para ser transformados.

2. Presentación del pan y del vino

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones relativas a la Eucaristía: tomó, dio gracias, partió y dio (Lc 22, 19-20). Esas cuatro acciones las repite el sacerdote en cada misa, en distintos momentos. La primera, tomar el pan y el vino, la realiza en este momento: toma el pan y el vino que recibe de los fieles o del acólito.

El sacerdote, toma el pan y se lo presenta al Padre. Es una selección de la ofrenda. Como si entre todos los panes existentes, se eligieran unos cuantos pedazos para que en ellos se realice el milagro eucarístico.

Coloca el pan que vaya a consagrarse sobre el corporal. Y una hostia colocada sobre la patena la eleva un poco. La eleva sobre la patena, porque no se trata de mostrarle al pueblo el Cuerpo de Cristo, como se hará tras la consagración. La eleva un poco, para distinguir este gesto, en el que se le presenta pan al Padre, del gesto en el que se le presentará a Cristo mismo, al final de la plegaria eucarística, en donde hay que elevarlo más, porque lo que se presenta no solo es flor de harina, sino el Hijo de Dios.

Al elevarlo, si no se está cantando, puede decir unas palabras de presentación en voz baja o en voz alta. Si se está cantando, las dirá siempre en voz baja. Hay veces que puede convenir decirlas en alto, para que se

enteren todos los presentes. Otras veces puede ser mejor decirlas en bajo, para que en silencio cada uno de los presentes puedan presentarse a si mismos al Padre. En cualquier caso, la ausencia de palabras de los fieles no es una espera hasta que les toque decir algo, sino que debe ser un momento en el que en el interior suceda lo que ocurre en el exterior. Si la ofrenda se prepara, los fieles deben de prepararse a si mismos, ponerse en camino hacia la transformación en Cristo.

Las palabras de presentación del pan bendicen a Dios. Como Jesús que tomando el pan bendijo al Padre (Mt 26, 26; Mc 14, 22). Su contenido recuerda las oraciones que los judíos recitaban en la mesa. Por ello, este momento se enlaza con el gesto del cabeza de familia judío que eleva el pan hacia Dios para de nuevo recibirlo de Él, renovado

Con estas palabras se expresa que se trata de una materia dada por Dios, pero transformada por los hombres, quienes molieron el trigo y cocieron la harina, pero que hemos recibido como producto de la generosidad de Dios, que ha escuchado la petición que le dirigimos cada vez que rezamos el Padrenuestro. Ese don gratuito se ha seleccionado para que se transforme en el Pan de Vida, conforme a la expresión con la que se define el mismo Jesús (Jn 6, 98):

“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida.”

Si la presentación se hizo en voz alta, los fieles responden bendiciendo a Dios:

“Bendito seas por siempre, Señor”

Después, el sacerdote prepara el cáliz, salvo que un diácono lo haya hecho antes. El cáliz se prepara colocando vino y una gota de agua. En la antigüedad el vino no era como actualmente. Era más denso. Parecía un jarabe. Era necesario echarle agua para beberlo. Los maestresalas eran expertos en eso; sabían qué cantidad de agua que echarle a un vino para que

fuera bueno. Por la época, Jesús instituyó la Eucaristía con vino mezclado con agua. Por eso se hace esa mezcla.

Pero además de esta razón histórica, hay una simbólica. El agua simboliza a la humanidad. Es solo una gota que se pierde en la inmensidad del vino ya vertido en el cáliz, que simboliza a la divinidad. No somos nada frente a Dios. Nos perdemos en él. Pero más allá de esta realidad, este gesto puede ser un deseo de vida: que nos perdamos en Dios, que nos abandonemos totalmente en Dios. Una donación total podemos ofrecer mientras se realiza este gesto.

Quien prepara el cáliz expresa con unas palabras, que dice en secreto, el maravilloso intercambio que ha de producirse. A nosotros que somos nada, podemos participar de la vida divina gracias al bautismo que nos ha insertado en la Trinidad, del mismo modo que el Hijo participó en nuestra humanidad al hacerse hombre:

“El agua unida al vino sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana.”

Esas palabras las puede decir en su corazón cualquiera de los presentes, aunque no esté viendo el agua perderse en el vino, para abandonarse totalmente en la inmensidad del amor de Dios.

La preparación del cáliz se hace en un extremo del altar y no en el centro, pues no se trata de un gesto o de una oración dirigida a Dios, sino sólo de un preparativo.

Después, el sacerdote presenta el vino elevando un poco el cáliz, mientras dice unas palabras semejantes a las usadas para presentar el pan. Se bendice al Padre, como lo hizo Jesús en la Última Cena, por habernos dado las uvas que, gracias al trabajo del hombre, se transformaron en el vino. No solo se presenta un producto de la naturaleza; el hombre ha trabajado ese fruto. Y esa unión del don gratuito natural y del trabajo humano ahora se presenta para ser transformado en la bebida de salvación con estas palabras:

“Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros bebida de salvación.”

Estas palabras las irá en voz baja si se canta y, de no cantarse, puede decirlas en voz baja o voz alta, según se estime oportuno. Si se dicen en voz alta, los fieles responden bendiciendo a Dios, como se hizo con el pan:

“Bendito seas por siempre, Señor”

Después de presentar el vino, el sacerdote se inclina profundamente frente al altar de Dios. Es un gesto de humildad, de demostrar lo poco que somos y valemos frente al Todopoderoso. Y en esta posición humilde, el sacerdote le pide a Dios que reciba el sacrificio que va a ofrecerle.

Desde luego, el Padre recibe con agrado el sacrificio de su Hijo, el sacrificio de quien hace su voluntad. Pero junto con el sacrificio de Cristo, está el sacrificio que cada uno de los presentes le ofrecemos al Padre. Y no queremos que le sea desagradable como el sacrificio de Caín (Gen 4, 5), o como los sacrificios que le ofrecía la casa de Israel (Am 5, 22). Ofreciendo un espíritu humilde y contrito, como dice el salmo (51, 17), y como ahora quiere simbolizar el sacerdote al inclinarse, el sacrificio será agradable al Señor.

Estas palabras el sacerdote siempre las dirá en voz baja, pero todos pueden hacer un acto de humildad y ofrecer su corazón contrito en ese momento con las mismas palabras:

“Acepta Señor, nuestro corazón contrito y nuestro espíritu humilde; que éste sea hoy nuestro sacrificio y que sea agradable en tu presencia, Señor, Dios nuestro.”

3. Incensación

Si se emplea incienso, después de la oración anterior, el sacerdote pone unos granos de incienso en el turíbulo. El incienso tiene el significado de oración y de purificación. Por medio de la acción ritual de incensar se le pide a Dios que suban nuestras oraciones a su presencia, así como sube el humo hasta lo alto, como dice el salmo 141 (2). Así como el aroma del incienso aleja los malos olores, le pedimos a Dios que purifique toda putrefacción de nuestra vida.

El sacerdote incienso las ofrendas para purificarlas, que sea santo lo que se transformará en Jesús. Como los levitas, que disponían todos los días el pan sobre la mesa y quemaban incienso (2 Cro 13, 11). Es como si bañando esas materias con un humo sagrado las separara de un uso profano.

También incienso el altar, para que sea un lugar puro en donde llegue Jesús, y desde donde se ofrezca el Sacrificio. El sacerdote no dice nada al incensar. Tanto él, como todos los fieles pueden pedirle a Dios que llegue hasta él la oración, el trabajo y la vida de todos los fieles que se ha puesto sobre el altar.

Después, un diácono o un acólito incienso al sacerdote. Con esta acción se le pide a Dios que purifique al hombre que ha de ofrecer el sacrificio, y que sus oraciones suban hasta el Trono de la Gloria. También se pide lo mismo con la incensación a los concelebrantes, si los hay, que se hace después.

Finalmente se incienso a los fieles, para rogar su purificación antes de participar en el sacrificio que se ofrecerá al Padre por medio del Espíritu Santo, para que sus oraciones también suban hasta el Cielo.

Se perfuma con el incienso a los celebrantes y a los fieles para rogarle a Dios que los haga, a semejanza de Cristo, oblación y víctima de suave aroma (Ef 5, 1).

4. Lavabo

Después de ser incensado, o tras la oración que el sacerdote dijo inclinado, si no se usa el incienso, el sacerdote se dirige a un extremo del altar, en donde se lava las manos.

En el Éxodo, se narra que el Señor le pidió a Moisés que hiciera una fuente de bronce, para que Aarón y sus hijos, los sacerdotes, se lavaran las manos antes de ministrar en el altar (30, 17-21). Del mismo modo los sacerdotes, antes de ofrecer el Sacrificio, se lavan las manos a un costado del altar.

Para el lavado de las manos se emplea una jarra llamada aguamanil, que está llena de agua; un plato hondo que recoge el agua, llamado jofaina; y una toalla, llamada manutegio, con la que el sacerdote seca sus manos al final.

Los fieles pueden unirse con el corazón a este gesto sacerdotal, pidiendo nuevamente la limpieza y la purificación de su ser, usando las mismas palabras del salmo 50 (4), que dice el sacerdote mientras se lava las manos:

“Lava del todo mi delito, Señor, limpia mi pecado.”

5. Oración sobre las ofrendas

Después, el sacerdote, desde el centro del altar, se dirige a todos los presentes, y los invita a orar. Si se empleó incienso, el pueblo se puso de pie para ser incensado. De lo contrario, antes de la invitación todos se ponen de pie para dirigirse a Dios para pedir que el sacrificio sea agradable:

“Oren, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.”

El sacerdote pide orar para que “este sacrificio mío y de ustedes”. No dice “este sacrificio nuestro”, como parecería más lógico existiendo un pronombre posesivo que los incluiría a todos. Con esta expresión se

distingue entre el sacerdocio real de todos los bautizados ahí presentes y el sacerdocio ministerial que él posee por su ordenación. Además, distingue entre el Sacrificio Santo del Hijo, y la ofrenda sacrificial de cada persona. El Sacrificio de Cristo siempre será agradable al Padre. Pero el sacrificio que cada uno ofrece, puede serlo o no. Por ello, con esta expresión se le pide también que el sacrificio que cada uno va a ofrecer sea agradable. El del sacerdote puede no ser agradable, pero el de una viejecita humilde que participa en la misa sí serlo. Rogamos para que el sacrificio de cada uno sea agradable al Padre.

El Misal prevé que el sacerdote abra y cierre los brazos mientras hace la invitación a orar. No es extender las manos, como cuando se dirige solemnemente a Dios. Es abrir y cerrar. Es un gesto que significa que recoge las oraciones de todos los fieles.

En la traducción al español del Misal se prevén otras opciones para invitar a orar. La primera hace referencia a que se ofrece el sacrificio de toda la Iglesia:

“En el momento de ofrecer el sacrificio de toda la Iglesia, oremos a Dios, Padre todopoderoso.”

La segunda a las alegrías y penas que todos los fieles depositaron en el altar, para que se sean un sacrificio agradable al Padre:

“Oremos, hermanos, para que, llevando al altar los gozos y las fatigas de cada día nos dispongamos a ofrecer el sacrificio agradable a Dios, Padre todopoderoso.”

A la invitación a orar responden todos los fieles orando, pero sin dirigirse a Dios, sino por mediación del sacerdote. Se pide al Señor que reciba el sacrificio del sacerdote (reciba de tus manos) para dos cosas: para la alabanza y gloria de su nombre, el nombre de Dios que pedimos en el Padrenuestro que sea santificado; y para el bien no solo de los presentes, sino de toda la comunidad que integra la Iglesia:

“El Señor reciba de tus manos este sacrificio, para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia.”

Como todos ya están orando, el sacerdote no invita nuevamente a orar diciendo “Oremos”, sino que continúa con la oración. La petición de la asamblea la concluye el sacerdote dirigiéndose al Dios de forma solemne, con las manos extendidas, y pidiéndole que acepte las ofrendas que se le han presentado. Esta oración cambia cada día.

Como no somos mas que polvo, la oración que dirigimos a Dios en si no vale nada. Por eso, el sacerdote concluye diciendo que no es por nuestros méritos, sino por los de Jesucristo. Si es a él a quien se dirige la oración, concluye:

“Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.”

Si la oración se dirigía al Padre, se pone como mediador al Hijo, y la oración concluye:

“Por Jesucristo, nuestro Señor.”

Por concordancia en lo que se dice, si la oración se dirigió al Padre, pero se mencionó al Hijo al final, concluye diciendo:

“Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.”

II. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL PREFACIO

Comienza la gran oración que se dirige al Padre, la Plegaria Eucarística. En ella se hará presente Jesucristo bajo las apariencias del pan y del vino por medio del Espíritu Santo, para ser elevado sobre el altar y ofrecido al Padre.

Los obispos usan un casquete circular sobre la cabeza que se llama solideo. Solideo deriva de dos palabras latinas: *sol*i, solo, y *Deo*, Dios. Tiene ese nombre porque solo se lo quitan ante Dios. Antes de iniciar esta plegaria deben de quitárselo, porque estarán ante Dios.

En la Tienda del Encuentro había un candelabro que ardía junto al Arca de la Alianza, símbolo de la presencia del Señor (Ex 25, 31-40). Ese candelabro también se colocó en el templo (1 Rey 7, 48.50). En el Apocalipsis, Juan narra que vio al Hijo del Hombre, a Jesucristo, entre velas (Ap. 1, 2-3; 1, 20; y 2,1). Por eso ahora que no solo habrá un símbolo de la presencia de Dios, sino que realmente estará presente Jesucristo, unos acólitos con velas pueden colocarse frente al altar. Esas velas se portan en las celebraciones solemnes, con independencia de las que ya estaban en el presbiterio.

La Plegaria Eucarística inicia con una parte introductoria llamada prefacio, que cambia dependiendo del día. Aunque cambie, tiene elementos que son comunes.

En primer lugar, el sacerdote expresa el deseo de que Dios esté con todos los presentes:

“El Señor esté con ustedes.”

Ese deseo ya lo pudo haber expresado al inicio de la misa, para reconocer al Señor en la asamblea; y ya se expresó antes de proclamar el Evangelio, para reconocer al Señor en sus palabras. Ahora nuevamente se hace, para reconocer al Señor que se hará presente de forma real, sustancial, y permanente bajo las apariencias del pan y del vino, y para pedirle a Dios que acompañe a todos de forma más intensa durante esta gran oración. Lo hace mientras abre las manos, como gesto de que pide que el Señor acompañe a todos.

El pueblo responde expresando el mismo deseo respecto al sacerdote, pidiendo que el Señor lo acompañe mientras ejerce su función sagrada en la Plegaria Eucarística:

“Y con tu espíritu”.

Luego, el sacerdote eleva las manos mientras dice:

“Levantemos el corazón”

Con las palabras y con un gesto está invitando a todos los presentes, y también a él mismo, porque lo hace en la primera persona del plural. Si el gesto y la palabra coinciden es para remarcar que es algo que debemos hacer todos los que participamos en la misa. No es una frase hecha. Es una invitación presente. Levantar es llevar a lo alto, al cielo. Es la dimensión ascendente de la liturgia: subir a Dios. Levantar el corazón es subir los afectos y los pensamientos al cielo; que a partir de ahora se dediquen en exclusiva al que habita en lo alto (Sal 122, 2).

Mientras el sacerdote levanta las manos puede pensar que está haciendo el gesto de los niños pequeños cuando piden a su papá que los cargue. Los fieles pueden también pensar que el sacerdote en representación de todos le pide al Padre que nos cargue en sus brazos.

Desde los ritos introductorios, la liturgia nos ha ido elevando. Por eso, los presentes pueden contestar:

“Lo tenemos levantado hacia el Señor.”

Todo lo anterior nos ha subido. Si hemos estado distraídos, este es un buen momento para concentrarnos, de manera que no sea una frase ritual el responder que tenemos levantado el corazón hacia el Señor, sino que venga acompañada de una elevación del pensamiento y de los afectos a partir de ese momento.

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones: tomar, dar gracias, partir, y dar (Lc 22, 19-20), como antes dijimos. La segunda de las acciones ahora la repetirá el sacerdote: dar gracias. Comenzará a darle gracias al Padre, como lo hizo Jesús en el cenáculo. Como ya lo había hecho anteriormente, diciendo: “Te doy gracias, Padre” (Lc 10, 21 Mt 11, 25). Y como lo hizo antes de la segunda multiplicación de los panes (Mc 8, 6).

Jesús ofreció el sacrificio de acción de gracias al que se refería el salmo (50, 14), y ahora lo viviremos. Para ello invita a todos, él incluido, a dar gracias a Dios:

“Demos gracias al Señor, nuestro Dios”

A esa invitación se responde diciendo:

“Es justo y necesario”

Justicia es dar a cada quien lo suyo. Lo que debemos darle a Dios es las gracias. Eso es lo que le corresponde al Padre, que nos ha dado todo en Jesucristo. El texto latino acompaña la justicia de otra palabra “digno” (*dignum et iustum est*). En castellano se ha traducido como “necesario”. Digno es quien es merecedor de algo. Si queremos merecer la salvación es necesario agradecer. Es necesario porque dar gracias “es la voluntad de Dios” (1 Tes 5, 18), es lo que quiere de nosotros. Y solo podremos salvarnos cumpliendo su voluntad, pues así seremos familia de Jesús (Mt 12, 50). Así, la oración que se iniciará es justa para Dios y necesaria para los hombres.

Ya preparados y convencidos de que debemos hacerlo, el sacerdote inicia la plegaria de acción de gracias haciendo una referencia a lo que respondió el pueblo:

“En verdad es justo y necesario [...]”

Luego profundiza sobre la justicia diciendo que:

“[...] es nuestro deber [...]”

Y sobre la necesidad diciendo:

“[...] y salvación [...]”

Tras lo cual se refiere al tiempo y al espacio del agradecimiento, indicando que el tiempo de dar gracias debe ser continuo (1 Tes 5, 18), y no debe existir reserva a determinada zona:

“[...] darte gracias siempre y en todo lugar [...]”

Y posteriormente indica a quién se le da gracias, al Padre, al Todopoderoso, al Eterno:

“[...] Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno [...]”

Después, el sacerdote continúa bordando el agradecimiento, indicando el motivo por el que se da gracias, y explicando las razones. La mayoría de las veces se le da gracias por Jesucristo. Muchas veces esto nos pasa

inadvertido. Dar gracias por Jesús. Por su encarnación, por sus enseñanzas, por su muerte, por su resurrección. Por liberarnos (Rom 6, 18), por comprarnos (1 Cor 6, 20) y hacernos hijos de Dios (1 Jn 3, 1). A veces damos gracias por otras cosas, por un favor recibido; pero no la hacemos por lo más importante, por Jesucristo.

Levantamos el corazón. Se encuentra en el cielo. Ahí están los santos y los ángeles cantando al Señor. Nuestro lenguaje para darle gracias a Dios es limitado. Por ello nos unimos al coro de los ángeles. De acuerdo al Apocalipsis, los ángeles no se cansaban de decir día y noche “Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios” (4, 8). El profeta Isaías también escuchó a los serafines cantar tres veces la santidad del Señor: “¡Santo santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria.” (6, 3). Esas palabras tomadas de Isaías han servido para componer el himno angélico, al que se suma la expresión de público exclamada por la multitud que recibió a Jesús en Jerusalén: “¡Hosanna en las alturas! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” (Mt 21, 9; Mc 11, 9; Jn 12, 12), tomando una expresión del salmo 118 (26). Unidos a los ángeles y a esa multitud, cantamos:

“Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del Universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.”

III. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: EL POST-SANTO

La Plegaria Eucarística, la gran oración de la Iglesia, inició con el prefacio. Después de que nos unimos al coro de los ángeles y utilizamos sus palabras para alabar a Dios, tres veces santo, continúa.

Antiguamente existía una sola fórmula para continuar con esta plegaria, que se denominaba Canon. Canon significa regla, norma. Era la forma mandada para que todas las iglesias que seguían el rito romano bendijeran

al Padre. Por ello se le conoce como Canon Romano. Se usaba desde los primeros siglos, y su actual forma, sustancialmente, la definió san Gregorio Magno.

Tras el Concilio Vaticano II se compusieron otras doce fórmulas llamadas anáforas o plegarias eucarísticas. De esta forma, en el Misal se prevén trece: cuatro en el apartado del ordinario; y en el apéndice aparece la V (con cuatro variantes); la llamada “de la reconciliación” (con dos variantes); y tres para las misas con niños.

Aunque son distintas, todas tienen elementos comunes. Vamos a explicar estos únicamente en las cuatro plegarias que aparecen en el ordinario, y que son las que se utilizan con más frecuencia.

Como la Plegaria Eucarística ya inició con el prefacio, la primera parte después del Santo es una continuación de prefacio.

I. Canon Romano

El Canon Romano, en latín, inicia con una frase:

“Te igitur”

La traducción es “a ti mismo”. Es decir, se refiere al Padre, a quien se le estaba dando gracias. Como en un principio no existía en Santo, se continuaba la alabanza diciendo “a ti mismo”, a lo que se añadió “Padre clementísimo”. Ahora, en la versión española, inicia:

“Padre misericordioso”

Tras lo cual se le hace la petición de que acepte los dones que se le ofrecen por la mediación de su Hijo:

“te pedimos humildemente por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que aceptes y bendigas estos dones, este sacrificio santo y puro que te ofrecemos”

Al hacer esta petición, el sacerdote traza el signo de la cruz sobre el pan y el vino. Los bendice, como dice santo Tomás de Aquino, porque la aceptación del sacrificio procede de la eficacia de la cruz de Cristo.⁷

2. Plegaria Eucarística II

La Plegaria Eucarística II, que se compuso ya que se había incorporado el Santo a la Misa, continúa la alabanza del Santo, diciéndole al Padre que sólo él es santo y es quien puede participar la santidad:

“Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad”

3. Plegaria Eucarística III

La Plegaria Eucarística II también se compuso tras la incorporación del Santo. Por eso, también continúa hablando la santidad del Padre, alabándolo por Jesucristo, y recordando que, por medio del Espíritu Santo, el que aleteaba en los inicios del mundo para dar vida, santifica todo, y congrega a la Iglesia a ofrecer un sacrificio. Este sacrificio, dice el Misal usando las palabras del salmo (113, 3), se ofrece en todo el mundo: desde oriente hasta occidente; y se ofrece en todo momento: desde que sale el sol hasta el ocaso, en lo que esperamos el día en que no tendrá ocaso, el día en que volverá el Señor.

“Santo eres en verdad, Padre, y con razón te alaban todas tus criaturas, ya que por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, con la fuerza del Espíritu Santo, das vida y santificas todo, y congregas a tu pueblo sin cesar, para que ofrezca en tu honor un sacrificio sin mancha desde donde sale el sol hasta el ocaso.”

⁷ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, III, q. 83, a. 5

4. Plegaria Eucarística IV

La Plegaria Eucarística IV cuenta con un prefacio propio, que no puede cambiarse por otro. En ese prefacio se le da gracias al Padre por ser el Dios que existe desde siempre, la luz sobre toda luz, y la fuente de la vida, recordando el prólogo del Evangelio de San Juan (1, 1, 18).

Por ello, tras el Santo continúa alabando al Padre, pero ahora insertándolo en su intervención en la Historia. Inicia con la creación:

“Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado.”

Después recuerda el pecado original, y la misericordia de Dios frente a la humanidad:

“Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca.”

Tras ello, hace una referencia a la antigua alianza, y a la función de esperanza que tenían los profetas, mediante el anuncio de la salvación:

“Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación.”

Luego, utilizando las palabras que Jesús le dijo a Nicodemo (Jn 3, 16) recuerda que el Hijo vino por el gran amor de Dios al mundo; y usando las palabras de san Pablo, recuerda que este instante se realizó al llegar la plenitud de los tiempos (Ga 4, 4), que el tiempo fue pleno, fue lleno, cuando el Eterno entró él.

“Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo.”

Prosigue profesando la fe en que el Hijo se hizo verdaderamente hombre, que compartió en todo la condición humana, y explica la misión que había profetizado Isaías de Jesús, y que él mismo confirmó que se había cumplido en él en la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 14-21): anunciar la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos, y el consuelo a los afligidos:

“Él se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en toda nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida.”

Y concluye la introducción con un recuerdo del fin de la muerte y resurrección de Jesús usando las palabras de San Pablo (2 Cor, 5, 15), y de la misión de la Iglesia por medio del Espíritu Santo:

“Y a fin de que no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.”

IV. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA EPÍCLESIS

Epiclesis es una palabra que significa invocación al Espíritu Santo. El sacerdote debe de invocar al Espíritu Santo para que se haga presente en la Iglesia, y con su fuerza haga posible el gran milagro que ha de ocurrir: la transformación del pan y del vino en Jesús.

Si con las palabras “levantemos el corazón” quedó clara la dimensión ascendente de la liturgia, con la epiclesis queda clara la dimensión descendente de la liturgia: Dios baja para encontrarse con nosotros.

En la primera página de la Biblia aparece el Espíritu Santo. Dice el Génesis (1, 2) que el espíritu de Dios se cernía sobre las aguas. Cerner significa mover las alas, y también puede significar depurar o dejar caer

polen. Así, el Espíritu aparece en el primer momento produciendo vida en el mundo.

El sacerdote invoca al Espíritu Santo para que realice una acción como la que nos narra el Génesis. Que revolotee para que donde hay materia inerte, pan y vino, ahora sea la misma Vida, que sea Jesucristo, que se definió a sí mismo como la Vida (Jn 14, 6).

Narra San Juan que el día de la resurrección, Jesús se le apareció a los apóstoles y sopló sobre ellos y les dijo “Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20, 22). Los apóstoles recibieron este soplo divino. Por la imposición de las manos, los apóstoles se lo transmitieron a sus sucesores. Ellos, a su vez, a sus sucesores.

Mediante la imposición de las manos, el celebrante ha recibido ese hálito divino por una línea recta que se remonta a los mismos apóstoles. Ahora extiende las manos sobre el pan y el vino. De esta manera aparece una sombra sobre los dones. Esa sombra nos recuerda que la Palabra se hizo hombre porque la sombra del altísimo cubrió a María (Lc 1, 35).

Haciendo sombra, el sacerdote invoca al Espíritu Santo para que descienda sobre el pan y el vino como descendió sobre María. La misma sombra vivificadora que se hizo presente en Nazaret está frente a nosotros, aunque no lo podamos ver. Realmente ahí está para actuar, para permitir que el mismo Jesús que se encarnó en María, se haga realmente presente entre nosotros.

Es un momento impresionante el que vivimos en cada misa. Incluso, podemos preguntarnos, como María en la Anunciación “¿Cómo puede ser eso posible?” (Lc 1, 34), no porque dudemos del poder de Dios, sino porque no comprendemos con nuestra razón este gran misterio que vivimos.

Ante la presencia del Señor y dador de vida los fieles se arrodillan. El sacerdote no puede hacerlo, porque debe seguir actuando en el altar. Y en este momento, en el corazón, todos podemos invocarlo para que también descienda sobre nosotros y nos transforme en otros cristos. Con los himnos

litúrgicos, en el corazón podemos decir, Ven Espíritu Creador, Ven Espíritu para encender en nuestros corazones el fuego de tu amor.

En el Canon Romano, la invocación al Espíritu Santo no es expresa. Se le pide al Padre que santifique la ofrenda, lo cuál hace a través del Santificador, de la Tercera Persona de la Trinidad. Se le pide que la santifique para sea perfecta, espiritual y digna, para que se convierta en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo:

“Bendice y santifica esta ofrenda, Padre, haciéndola perfecta, espiritual y digna de ti, de manera que se convierta para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo amado, Jesucristo, nuestro Señor.”

En la Plegaria Eucarística II se había recordado que el Señor no solo es santo, sino la causa, la fuente de toda la santidad. Es por ese motivo que se le pide la santificación de los dones por la efusión, por el derramamiento del Espíritu Santo:

“por eso te pedimos que santifiques estos dones con la efusión de tu Espíritu”

En la Plegaria Eucarística III también se había recordado la santidad de Dios ya cantada en el Santo, por lo que se le pide al padre que envíe al Paráclito sobre los dones que fueron separados, que fueron seleccionados en el ofertorio. Esta plegaria utiliza para referirse a la Tercera Persona una expresión usada por San Pablo: “el mismo Espíritu” (1 Cor 12, 4-11)

“Por eso, Padre, te suplicamos que santifiques por el mismo Espíritu estos dones que hemos separado para ti”

En la Plegaria Eucarística IV se había recordado el envío del Espíritu Santo. Por eso, continúa pidiendo que ese mismo Espíritu santifique las ofrendas:

“Por eso, Padre, te rogamos que este mismo Espíritu santifique estas ofrendas”

En las plegarias eucarísticas II, III y IV, no se había trazado el signo de la cruz sobre el pan y el vino antes de la epiclesis. Por ello, hay que hacerlo después de la invocación al Espíritu Santo, recordando lo que dijo santo Tomás: que el fruto del sacrificio procede de la eficacia de la cruz.

En la Plegaria Eucarística II, mientras se dice:

“de manera que se conviertan para nosotros en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Señor.”

En la Plegaria Eucarística III, mientras se dice:

“de manera que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro, que nos mandó celebrar estos misterios.”

Y en la Plegaria Eucarística IV, mientras se dice:

“para que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, nuestro Señor, y así celebremos el gran misterio que nos dejó como alianza eterna.”

V. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA NARRACIÓN DE LA INSTITUCIÓN Y LA CONSAGRACIÓN

I. Consagración del pan

El sacerdote continúa la Plegaria Eucarística narrando la institución de la Eucaristía. Inicia situando el tiempo en que se desarrolló. Sabemos que fue en la Última Cena, pero se puede expresar de distintas maneras. En el Canon Romano se dice que fue en la víspera de la Pasión. En la Plegaria Eucarística II se dice que fue “cuando iba a ser entregado a su Pasión”, añadiendo que fue voluntaria su entrega, porque Jesús se entregó porque quiso (Jn 10, 18). La Plegaria Eucarística III sitúa la institución “la noche que iba a ser entregado”, usando las palabras de san Pablo (1 Cor 11, 23). Y la Plegaria Eucarística IV dice que fue llegada la hora en que Jesús iba a ser glorificado por el Padre, usando la expresión del mismo Cristo después de

entrar en Jerusalén, cuando unos griegos pidieron a Felipe verlo (Jn 12, 28); y también indica que en ese momento había amado hasta el extremo a los suyos, como indica Juan al inicio del relato de la Última Cena (Jn 13, 1).

Después, en las cuatro anáforas el sacerdote narra que Jesús tomó el pan, como lo indican los cuatro relatos de la institución que aparecen en el Nuevo Testamento. El Canon Romano explicita que lo tomó en “sus santas y venerables manos”. En este momento, el sacerdote toma el pan en sus manos.

El Canon Romano, después de narra esa acción, dice que Jesús elevó los ojos al cielo, hacia el Padre, como hizo en la oración sacerdotal (Jn 17, 1). En este momento, el sacerdote debe de elevar los ojos también.

Luego, salvo en la Plegaria Eucarística IV se narra que Jesús dio gracias, como lo indican San Lucas y San Pablo (Lc 22, 19; 1 Cor, 11, 24). Después, salvo en la Plegaria Eucarística II se narra que Jesús bendijo al Padre, como lo indican San Mateo y San Marcos (Mt 26, 26, Mc 14, 22).

La narración continúa, en las cuatro anáforas, indicando que Jesús partió el pan y lo dio, como aparece en los cuatro relatos de la institución. Estas acciones no deben de ser imitadas por el sacerdote en este momento. Las va a realizar, porque en la misa se repiten las mismas acciones de Cristo. Pero en otros momentos posteriores.

De esta forma, en el Canon Romano se narra:

“Él mismo, la víspera de su Pasión, tomó pan en sus santas y venerables manos y, elevando los ojos al cielo, hacia ti, Dios, Padre suyo todopoderoso, dando gracias te bendijo, lo partió, y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística II:

“El cual, cuando iba a ser entregado a su Pasión, voluntariamente aceptada, tomó pan, dándote gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística III

“Porque Él mismo, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y dando gracias te bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

Y en la Plegaria Eucarística IV

“Porque él mismo, llegada la hora en que había de ser glorificado por ti, Padre santo, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Y, mientras cenaba con sus discípulos, tomó pan, te bendijo, lo partió y se lo dio, diciendo:”

Indica la rúbrica que, con el pan en las manos, el sacerdote se inclina. Todos los fieles están de rodillas. El sacerdote no puede arrodillarse, por lo que está haciendo. Pero, por lo menos, se inclina ante el misterio, ante el gran milagro que ha de suceder en sus manos.

Hasta ese momento, el sacerdote había narrado, había platicado como si fuera un externo, lo ocurrido en la Última Cena. A partir de ahora hablará en primera persona. Esto es así porque quien dice las palabras siguientes es Jesús. Escuchamos la voz del sacerdote, pero es Jesús quien las dice. El mismo que las dijo en el Cenáculo, las dice ahora usando las cuerdas vocales del sacerdote.

En todas las plegarias eucarísticas las palabras son las mismas, que aparecen en los relatos de Lucas y de Pablo, y son:

“TOMEN Y COMAN TODOS DE ÉL, PORQUE ESTO ES MI CUERPO, QUE SERÁ ENTREGADO POR USTEDES”.

En el gran himno eucarístico, el Adoro Te Devote, Santo Tomás de Aquino dice refiriéndose a lo que tiene en las manos el sacerdote: “al juzgar de ti se equivocan la vista, el tacto, y el gusto; pero basta con el oído para creer con firmeza”. Si probamos lo que tiene el sacerdote, sabría a pan, como antes de esas palabras; al verlo, no notaríamos diferencia entre el antes y el después; y el sacerdote, al tocarlo, no percibe diferencia en sus dedos. Pero la vista, el tacto y el gusto se equivocan, como dice el himno. El

oído no. Hemos escuchado que Jesús dijo “es mi cuerpo”. Y le creemos, porque solo él tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

En los primeros siglos, después de consagrar el Pan, el sacerdote lo dejaba sobre el altar. Pero los fieles, llenos de fe, le pedían al sacerdote que les mostrara la Hostia recién consagrada. Como los griegos que se le acercaron a Felipe para pedirle: “queremos ver a Jesús” (Jn 12, 21). Para satisfacer esta devoción eucarística, se dispuso que el sacerdote elevara el Cuerpo de Cristo para que todos lo pusieran ver.

Durante el ofertorio se levantó un poco el pan en la patena. Ahora el sacerdote lo eleva mucho más alto y sin la patena. Dice el Misal que el sacerdote muestra el Cuerpo de Cristo a los fieles. El sacerdote muestra. El gesto lógico de los fieles es mirar lo que se muestra. Ver ese Pan que no es pan, sino Jesús que nos dice “yo soy el pan de vida” (Jn 6, 35), yo soy, aunque con tus ojos no te des cuenta. Ahí esta Jesús, en las manos del sacerdote, buscando miradas de amor. Y en este momento puede decirse la frase del Apóstol Tomás: “Señor mío y Dios mío”, como lo recomendaba el papa san Pío X.

Un himno eucarístico dice: “Ave, verdadero cuerpo nacido de María Virgen”. El mismo cuerpo que vivió en María y que nació de ella, está ahora presente bajo la apariencia pan. En este momento también podemos encontrar a María, llevándonos a Jesús.

Durante la elevación, el acólito o el diácono puede incensar el Cuerpo de Cristo. Los Magos regalaron incienso a Jesús (Mt 2, 11), porque reconocían que ese pequeño niño era Dios. Ahora se incienso como un acto de fe en que no es Pan, sino Cristo. Como indica el salmo 141, el incienso también representa la oración de todos los presentes que llega hasta Cristo presente en lo alto de los brazos del sacerdote.

Una vez que termina la elevación, el sacerdote deja el Cuerpo de Cristo en la patena. Y el Misal indica lo adora haciendo genuflexión. No es simplemente hacer una genuflexión. Es adorar de esa manera. Es reconocer

la pequeñez del sacerdote como hombre, igual que la de todos los fieles, frente a Dios ahora presente sobre el altar.

2. Consagración del vino

Una vez que el sacerdote se pone de pie, continúa con el relato de la institución, ahora en lo referente a la Sangre de Cristo. Todas las anáforas inician diciendo “Del mismo modo, acabada la cena”, que son las palabras que usa san Pablo para conectar la consagración del pan y del vino en el relato de la institución (1 Cor 11, 25).

Luego, el sacerdote narra que Jesús tomó el cáliz, como indican Mateo, Marcos y Pablo (Mt 26, 27; Mc 14, 23; y 1 Cor 11, 25). Esta acción de Cristo, que ahora repite el sacerdote nos recuerda al salmo 116 (12-13), que tras preguntar cómo pagar al Señor por el bien que ha hecho, responde: “Alzaré la copa de salvación e invocaré el nombre del Señor”. El Canon Romano añade que lo tomó en sus santas y venerables manos, como había dicho en la consagración del pan. La Plegaria Eucarística IV añade que el cáliz estaba lleno del fruto de la vid, recordando la presentación del vino en el ofertorio.

Después, como indican Mateo y Marcos se narra que Jesús volvió a dar gracias. Las plegarias eucarísticas I y III añaden que dio gracias y bendijo al Padre.

Finalmente, siguiendo lo dicho por Mateo y Marcos, narra que se las pasó a sus discípulos.

Así, en el Canon Romano se narra:

“Del mismo modo, acabada la cena, tomó este cáliz glorioso en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo dio a sus discípulos, diciendo:”

En la Plegaria Eucarística II y en la III:

“Del mismo modo, acabada la cena, tomó el cáliz, y, dándote gracias de nuevo, lo pasó a sus discípulos, diciendo:”

Y en la Plegaria Eucarística IV:

“Del mismo modo, tomó el cáliz lleno del fruto de la vid, te dio gracias y lo pasó a sus discípulos, diciendo:”

Nuevamente el Misal indica que el sacerdote se incline, como un gesto de reverencia hacia el gran milagro que ha de suceder en sus manos, para el que prestará su voz, que debe ser lo más clara posible.

El sacerdote, por eso, habla en primera persona, porque Jesús es el que dice las palabras consagradorias. En todas las plegarias eucarísticas las palabras son las mismas, que aparecen en los relatos de Mateo y Marcos, a las que se le añade el mandato de hacer eso mismo en conmemoración de Cristo que aparece en la Primera Carta a los Corintios, y son:

“TOMEN Y BEBAN TODOS DE ÉL, PORQUE ÉSTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, SANGRE DE LA ALIANZA NUEVA Y ETERNA, QUE SERÁ DERRAMADA POR USTEDES Y POR MUCHOS PARA EL PERDÓN DE LOS PECADOS. HAGAN ESTO EN CONMEMORACIÓN MÍA”.

En el Éxodo se narra que el para concluir la alianza con Israel, Moisés inmoló terneros al Señor, y que tomó la mitad de su sangre, la puso en unos recipientes y con esa sangre roció al pueblo diciendo que esa era la sangre de la alianza hecha por el Señor con ellos (Ex 24, 6-8).

En el cáliz, por las palabras de la consagración ahora está la Sangre de la Nueva Alianza, está el mismo Cristo. No es una Sangre que rociarán sobre nuestras cabezas. Como aparentemente es vino, es una Sangre para ser bebida. Es la verdadera bebida, la bebida de Vida eterna (Jn 6, 53-56).

Un tiempo después de que se dispusiera la elevación del Cuerpo de Cristo, se ordenó también la elevación del cáliz, por una simetría. Esto no lo habían pedido los fieles devotos, porque se ve el cáliz y no la Sangre de Cristo que contiene.

No lo vemos, pero sabemos que dentro del cáliz está también realmente presente Jesús. El cáliz puede simbolizar a María. Así como su prima Isabel, no veía a Jesús cuando Nuestra Señora fue a visitarla, pero creía que ahí

estaba su Salvador, nosotros creemos que dentro del cáliz está Jesucristo como estaba en el vientre de María.

Durante la elevación, el diácono o el acólito pueden incensar el cáliz, como durante la elevación anterior. Si se inciensa, frente al altar podemos ver una nube, que nos recuerda a la nube que guiaba al pueblo de Israel (Ex 13, 17-22), o la columna desde donde el Señor habla a Moisés (Ex 24, 18). Es la Eucaristía la guía de nuestra vida; en la Eucaristía escucharemos la voz de Dios, porque no son pan ni vino, sino la misma Palabra de Dios hecha hombre.

El sacerdote deja el cáliz sobre el altar, y el Misal indica nuevamente que lo adora haciendo genuflexión. El sacerdote y los fieles adoran. Adorar es rendir culto. Pero en castellano también significa amar con extremo. Es un momento para manifestarle en el corazón nuestro amor a Jesús presente en el altar.

3. Aclamación

Cuando el sacerdote se pone de pie tras la genuflexión, inicia una aclamación a Cristo ahora presente en el altar. Las palabras para hacerlo, que antes se insertaban en la consagración, son tomadas de san Pablo (1 Tim 3, 9), que son “Mysterium fidei”, misterio de la fe. San Pablo las usa para invitar a custodiar esa realidad. En castellano se ha traducido inicialmente como “Sacramento de nuestra fe”, y en las siguientes ediciones también aparece la tradición literal. Por ello, el sacerdote dice:

“Este es el Misterio de la fe”, o bien,

“Este es el Sacramento de nuestra fe”

El pueblo continúa aclamando con unas palabras que expresan que se está siguiendo el mandato de Jesús de anunciar su muerte y resurrección a todos los pueblos (Lc 24, 46):

“Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”

Al final se le pide a Jesús que venga. Puede resultar extraño decir esto después de la consagración. ¿Qué no vino ya Jesús, y se encuentra realmente presente en el altar? Ciertamente Cristo está presente, pero esta expresión se refiere a su segunda venida. Los cristianos somos los que aguardamos y esperamos esta nueva manifestación, porque entonces lo veremos tal cual es y seremos semejantes a él, como escribió san Juan (1 Jn 3, 2).

Al aclamar el Misterio de la fe, le pedimos que se manifieste tal cual es, que venga ya. Y lo hacemos con una expresión que decían los primeros cristianos. Aparece, por ejemplo, al final de la Primera Carta a los Corintios (16, 24) como *Maranata*, que es la transcripción griega de dos palabras hebreas que significan el Señor viene, y que los primeros cristianos ya decían en la Misa.⁸ También aparece en el penúltimo versículo de la Biblia, en el Apocalipsis (22, 20), en la forma en que se dice en la misa: ven, Señor Jesús.

En el Misal se prevé otra fórmula de aclamación que puede usarse, en la que el sacerdote invita a realizarla:

“Aclamen el Misterio de la redención.”

A esta aclamación se responde usando las palabras que utiliza san Pablo al final del relato de la institución de la Eucaristía (1 Cor 11, 26), en las que se afirma que cada vez que hacemos lo que Jesús mandó proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva:

“Cada vez que comemos de este pan y bebemos de este cáliz, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.”

⁸ Didaché 10.6

Y también prevé una tercera opción de aclamación, en la que el sacerdote, continuando con las últimas palabras de la consagración del vino, afirma:

“Cristo se entregó por nosotros.”

A lo que se responde:

“Por tu cruz y resurrección nos has salvado, Señor.”

VI. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA ANAMNESIS

Después de la aclamación tras la consagración, sigue una parte de la plegaria llamada anamnesis. Anamnesis es una palabra que procede del griego que significa hacer presente.

La Carta a los Hebreos (7, 27) dice que Jesús ofreció su sacrificio de una vez para siempre. El de una vez comporta el siempre, explica san Bernardo de Claraval. El Sacrificio de Cristo sólo sucedió una vez, pero esa vez es siempre. Como dice Joseph Ratzinger, en la misa no alcanzamos un pasado, sino la contemporaneidad con Jesucristo. En la misa penetramos en la contemporaneidad de Cristo. Todo el tiempo de la Iglesia está en la misa.⁹

Esto no lo podemos comprender, porque estamos inmersos en el tiempo, y todo lo pensamos en relación al tiempo. Clasificamos y hablamos refiriéndonos a lo que fue, a lo que es y a lo que será. Pero Dios está fuera del tiempo, es eterno. Dice la Carta a los Hebreos que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre (13, 8). Por eso, su sacrificio es el mismo ayer hoy y siempre. Todo es en el mismo instante para Dios. Y en la misa entramos en la eternidad.

En la misa no se hace un simple recuerdo, como cuando unos amigos recuerdan un viaje o antiguas clases. En la misa, hacer memoria es renovar, es estar presente en el momento en el que sucede algo. El velo del tiempo se

⁹ Ratzinger, El espíritu de la liturgia, Madrid, Cristiandad, 2001, p. 78

rasga y estamos presenciando, aunque no lo veamos, todos los misterios de nuestra salvación.

En la misa, explicó el papa Francisco,¹⁰ no hacemos una representación del misterio pascual de Jesús. Es otra cosa. Es propiamente el misterio pascual de Jesús. Podemos estar presentes en todos los acontecimientos del misterio pascual.

El sacerdote ya narró la institución de la Eucaristía en la Última Cena. Pero no solamente estamos presentes en la Última Cena. Estamos presentes en todo el misterio pascual. Por eso, se hace memoria de todos los acontecimientos pascales: de la pasión, de la muerte, de la resurrección y de la ascensión del Señor.

Para hacerlo, el sacerdote vuelve a dirigirse al Padre después de haber dicho las palabras de la consagración del vino.

En el Canon Romano se hace esta anamnesis diciendo:

“Por eso, Padre, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la muerte gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación.”

En la Plegaria Eucarística II se dice:

“Así pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo,”

En la Plegaria Eucarística III se hace la memoria se dice:

“Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la pasión salvadora de tu Hijo, de su admirable resurrección y ascensión al cielo, mientras esperamos su venida gloriosa.”

¹⁰ Homilía del 10 de febrero de 2014.

Y en la Plegaria Eucarística IV se hace el memorial diciendo:

“Por eso, Padre, al celebrar ahora el memorial de nuestra redención, recordamos la muerte de Cristo y su descenso al lugar de los muertos, proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha;”

VII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA OBLACIÓN

En el Antiguo Testamento podemos leer que se le ofrecían oblaciones al Señor. Oblación significa sacrificio y ofrenda. Abel, ofreció lo mejor de su ganado (Gen 4, 4). Melquisedec, el rey de Salem, ofreció pan y vino (Gen 14, 18). Abraham iba a ofrecer a su propio hijo, Isaac, pero el Señor se lo cambió por un carnero (Gen 22 1-13). Después, se constituyó el sacerdocio levítico, que se dedicaba a ofrecer a Dios distintos dones, como pan o animales (Lev 1-5), dependiendo de su función.

Como dice la Carta a los Hebreos, en Dios constituyó a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, que remplace el sacerdocio de los Hijos de Leví (7-8,8). Como Sacerdote, Jesucristo no ofreció algo en sacrificio. Se ofreció a sí mismo al Padre (Hb 9, 14). Es decir, no sólo fue el Sacerdote, sino también la Víctima.

El sacerdote, al celebrar la Misa, participa del sacerdocio eterno de Cristo. Por eso, no ofrece ningún don, ni siquiera a si mismo, sino que ofrece a Jesucristo, ofrece la misma Víctima ofrecida por Cristo Sacerdote.

Por tanto, en la misa debe de existir un momento en el que el sacerdote ofrezca a Cristo al Padre. Esto sucede después de la anamnesis. Este instante es el verdadero ofertorio de la misa. En lo que llamamos ofertorio se le presentó al Padre el pan y vino que se separó. Pero ahora se le ofrece a Jesucristo realmente presente en el altar. Esta es la verdadera ofrenda de la Iglesia, porque es la única capaz de reconciliarnos con el Padre. El pan y el vino por si mismos no pueden quitar los pecados (Hb 10, 4). Pero con la ofrenda de Cristo sí puede realizarse la santificación y, de hecho, se realiza.

La Iglesia enseña que, en este momento, además de ofrecer la Víctima inmaculada, el sacerdote y los fieles deben de ofrecerse a sí mismos.¹¹ Todo lo que se presentó en el ofertorio, ahora se ofrece al Padre. Nuestras angustias, penas y alegrías y, sobre todo, nuestra existencia misma, se ofrece al Padre. Gracias a la misa nuestra vida puede ser corredentora.

En el Canon Romano se hace la oblación recordando los sacrificios que aparecen en el Génesis: el de Abel, el de Abraham y el de Melquisedec:

“Mira con ojos de bondad esta ofrenda y acéptala, como aceptaste los dones del justo Abel, el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y la oblación pura de tu sumo sacerdote Melquisedec.”

Prosigue con una expresión que en latín se dice “supplices”, y que literalmente significa profundamente inclinados, y que se traduce al español como “te pedimos humildemente”. Al iniciar esa expresión, el sacerdote debe de inclinarse profundamente para que la postura física recuerde la posición espiritual que debe tenerse: la humildad. Si Cristo para ofrecer el sacrificio se humilló a si mismo (Fil 2, 8), el sacerdote debe hacer lo mismo. El pueblo no se inclina corporalmente, pero puede recordar en este momento que la grandeza está en servir a los demás (Mt 20, 26). Y nuestro servicio a los demás, se le ofrece al Padre junto con Cristo, mientras el sacerdote dice:

“Te pedimos humildemente, Dios todopoderoso, que esta ofrenda sea llevada a tu presencia, hasta el altar del cielo, por manos de tu ángel, para que cuantos recibimos el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, al participar aquí de este altar,”

Y para decir las últimas palabras de la oblación, el sacerdote se endereza y para que sigan correspondiendo los gestos con las palabras se signa mientras concluye:

¹¹ Concilio Ecuménico Vaticano II, *Constitución sobre la Sagrada Liturgia, Sacrosanctum Concilium*, núm. 48; Sagrada Congregación de Ritos, *Instrucción Eucharisticum mysterium*, de 25 de mayo de 1967, núm. 12.

“seamos colmados de gracia y bendición.”

Los fieles no se signan, pero el ofrecimiento de su vida que hicieron también les alcanza de la Ofrenda del altar la gracia y la bendición.

En la Plegaria Eucarística II el sacerdote hace la oblación de forma más sencilla, diciendo:

“te ofrecemos el pan de vida y el cáliz de salvación, y te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia.”

En la Plegaria Eucarística III el sacerdote hace la oblación del sacrificio al que llama vivo y santo, usando las palabras de San Pablo (Rom 12, 1):

“mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo.”

Y en la Plegaria Eucarística IV:

“y mientras esperamos su venida gloriosa, te ofrecemos su Cuerpo y su Sangre, sacrificio agradable a ti y salvación para todo el mundo.”

VIII. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LAS INTERCESIONES

Narra San Juan, que en la Última Cena Jesús oró al Padre pidiéndole por sus apóstoles: “Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos” (Jn 17, 9), y por los que habríamos de seguirlo en el futuro: “No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mi por la palabra de ellos” (Jn 17, 20).

Jesús pidió por los que lo seguían en ese momento como por los que lo seguiríamos en un futuro. Pidió por los que componemos la Iglesia en cualquier momento de la historia. Por eso, el sacerdote intercede en este momento por la Iglesia, tanto por los vivos como por los difuntos, y expresando que la misa se celebra en comunión con toda la Iglesia, tanto la del cielo como la de la tierra.

1. Intercesión por la unidad de la Iglesia

Se intercede por la Iglesia en general, para la que se pide la unidad, como lo hizo Jesús diciendo: “para que todos sean uno, como tu, Padre en mí y yo en ti, que ellos sean uno en nosotros” (Jn 17, 21).

En el Canon Romano, esta intercesión se hace antes de la consagración. Y en ella, además de la unidad, se pide para la Iglesia la paz, la protección y que la gobierne en el mundo entero:

“este sacrificio santo y puro que te ofrecemos, ante todo, por tu Iglesia santa y católica, para que le concedas la paz, la protejas, la congregues en la unidad,”

En las otras plegarias eucarísticas esta intercesión por la Iglesia se hace después de la consagración. No se hace una referencia explícita a la Iglesia, sino que se pide la unidad de los que participan del Sacramento, recordando la eficacia unificadora de la Eucaristía de la que habla san Pablo, al decir que somos miembros de mismo cuerpo porque comemos del mismo pan (1 Co 10, 16-17).

Se pide que la unidad se logre por medio del Espíritu Santo. Es una nueva epiclesis, una nueva invocación al Paráclito. Si en la primera se pidió transformación de los dones en el Cuerpo de Cristo, ahora se pide la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, recordando las palabras de san Pablo acerca de que todos los fieles fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo (1 Cor, 12, 13).

En la Plegaria Eucarística II, se dice:

“Te pedimos, humildemente, que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y la Sangre de Cristo.”

En la Plegaria Eucarística III, se pide:

“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que,

fortalecidos con el Cuerpo y Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide:

“Dirige tu mirada sobre esta Víctima que tú mismo has preparado a tu Iglesia, y concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz, que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para alabanza de tu gloria.”

En esta última plegaria, aparece dos veces la palabra víctima. La primera con mayúscula y la segunda con minúscula. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. La Víctima con mayúscula es la Jesús, la cabeza. Y la víctima con minúscula somos los demás miembros de ese cuerpo. Todos unidos somos la Iglesia por obra del Espíritu Santo.

2. Intercesión por las cabezas de la iglesia terrena

En su oración sacerdotal, Jesús no solo pidió por sus apóstoles, sino también “por los que crean en mi por la palabra de ellos” (Jn 17, 20). Lo que nos une a esta oración de Jesús es la palabra de los apóstoles por la que hemos creído. La unidad con Jesús es a través de los apóstoles y de sus sucesores. Por ello, en la misa se hace mención de la comunión con los sucesores de los apóstoles y se intercede por ellos.

Antiguamente, en Roma y en otras ciudades, los domingos todos los fieles acudían a la misa que celebraba el obispo, para manifestar la unidad de toda la iglesia con su cabeza. Cuando aumentó el número de fieles, esto ya no fue posible. Para tener un símbolo de la unidad con el obispo, éste le entregaba un fragmento de la Hostia (*fermentum* se llamaba), que había consagrado a los presbíteros que asistían, para que la unieran a la Hostia que ellos consagrasen en su misa, y así demostrar la unión de la misa del presbítero con la del obispo. Actualmente la unión con el obispo, y con la cabeza de todo el colegio episcopal se hace patente con unas palabras.

La cabeza de la Iglesia es Cristo, pero de la Iglesia que peregrina en la tierra, es el papa, el sucesor de Pedro, a quien Jesucristo le dio las llaves del reino, sobre quien se edificó la Iglesia, a quien le encomendó apacentar a sus ovejas. En toda misa se confiesa la comunión con el papa, y se pide por él, para que el Señor lo auxilie en la difícilísima tarea de apacentar a las ovejas (Jn 21, 15-17).

Las distintas porciones de la Iglesia universal se llaman iglesias particulares. Cada una tiene como cabeza a un obispo, a un sucesor de los apóstoles. Por eso en la misa también se manifiesta la comunión con la cabeza de la iglesia particular que está en comunión con la cabeza de la Iglesia universal. La iglesia particular puede ser una arquidiócesis, una diócesis o una prelatura. Dependiendo de ello, se pide por un arzobispo, un obispo o un prelado.

En el Canon Romano esta intercesión tiene lugar antes de la consagración, en donde se dice que el sacrificio se ofrece por la Iglesia para que

“la gobiernes en el mundo entero, con tu servidor el Papa N., con nuestro obispo N., y todos los demás Obispos que, fieles a la verdad, promueven la fe católica y apostólica.”

En la Plegaria Eucarística II se pide por la Iglesia terrena y sus autoridades diciendo:

“Acuérdate, Señor, de tu Iglesia extendida por toda la tierra; y con el Papa N., con nuestro Obispo N. y todos los pastores que cuidan de tu pueblo, llévala a su perfección por la caridad.”

En la Plegaria Eucarística III se pide por la fe y la caridad para Iglesia terrena, mencionando también a los presbíteros, a los diáconos y a todos los fieles laicos:

“Confirma en la fe y en la caridad a tu Iglesia, peregrina en la tierra: a tu servidor, el Papa N., a nuestro Obispo N., al orden episcopal, a los presbíteros y diáconos, y a todo el pueblo redimido por ti.”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide por las autoridades de Iglesia terrena, por los presbíteros, por los diáconos, y por los oferentes:

“Y ahora, Señor, acuérdate de todos aquellos por quienes te ofrecemos este sacrificio: de tu servidor el Papa N., de nuestro Obispo N. del orden episcopal y de los presbíteros y diáconos, de los oferentes y de los aquí reunidos,”

3. Intercesión por los fieles difuntos

Por medio del Bautismo nos incorporamos a la Iglesia, y recibimos un carácter, una marca indeleble en nuestra alma. Seremos para siempre miembros de la Iglesia, incluso después de nuestra muerte. Cuando rogamos al Padre por los miembros del cuerpo eclesial, lo hacemos por todos, incluyendo a los difuntos. Por eso hay una intercesión especial por los fieles difuntos en la Plegaria Eucarística.

En el Canon Romano se pide por aquéllos que nos precedieron con el signo de la fe, es decir, con el Bautismo pero que ya duermen, usando la expresión de Jesús al referirse a Lázaro (Jn 11, 11), pudiendo decir sus nombres:

“Acuérdate también, Señor, de tus hijos N. y N., que nos han precedido con el signo de la fe y duermen ya el sueño de la paz.”

Tras lo cual el sacerdote hace una pausa para orar en silencio. Luego prosigue pidiendo para ellos, en latín, el “*locum refrigerii*”, el lugar fresco, el lugar del alivio, que sea también “*lucis et pacis*”, de la luz y de la paz:

“A ellos, Señor, y a cuantos descansan en Cristo, concédeles el lugar del consuelo, de la luz y de la paz.”

En la Plegaria Eucarística II se pide por los que murieron (usa la palabra durmieron, como en el Canon), creyendo en la resurrección, como se profesa la fe en el Bautismo, pidiendo con el salmo (4, 6) que les muestre la luz de su rostro:

“Acuérdate también de nuestros hermanos que se durmieron en la esperanza de la resurrección, y de todos los que han muerto en tu misericordia; admítelos a contemplar la luz de tu rostro.”

En la Plegaria Eucarística III se intercede por nuestros hermanos difuntos y por los que, pese a no estar bautizados murieron en amistad con Dios:

“A nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria,”

La tercera anáfora cuenta con un texto especial para las misas de difuntos, en el que se pide especialmente por el fiel. Con las palabras de san Pablo (Rom 6, 3-5) se pide que ese fiel no solo comparta con Cristo la muerte, sino también la resurrección. Y que en la resurrección se transforme el cuerpo mortal en uno glorioso como el de Cristo, usando otro fragmento paulino (Fil 3, 21):

“Recuerda a tu hijo [hija] N. a quien llamaste [hoy] de este mundo a tu presencia: concédele que, así como ha compartido ya la muerte de Jesucristo comparta, también, con él la gloria de la resurrección, cuando Cristo haga surgir de la tierra a los muertos, y transforme nuestro cuerpo frágil en cuerpo glorioso como el suyo.”

Tras ello, se pide por el resto de los difuntos, con la fórmula habitual, aunque se le agrega que en la plenitud de la gloria Dios enjugara las lágrimas, usando las palabras del Apocalipsis (21, 4) y seremos semejantes a Cristo, usando la expresión de San Juan (1 Jn 3, 2):

“Y a nuestros hermanos difuntos y a cuantos murieron en tu amistad recíbelos en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas,”

Y en la Plegaria Eucarística IV se pide por los que murieron en la paz de Cristo y de los aquéllos cuya fe solo puede conocer Dios:

“Acuérdate también de los que murieron en la paz de Cristo y de todos los difuntos, cuya fe sólo tú conociste.”

4. Intercesión por los fieles vivos y conmemoración de los santos

Jesús oró por quienes lo seguían en ese momento y por quienes lo seguiríamos en el futuro. Además de interceder por todo el cuerpo eclesial, por los fieles difuntos, se ruega sus miembros vivos. Se pidió por su la cabeza de la Iglesia terrena y en un segundo momento se pide por el resto de los bautizados. Somos los que peregrinamos en la tierra. Peregrinar es dirigirse a un lugar. Nuestro destino es el cielo. Por eso, lo que se pide al Padre es que, después de pelear la batalla y acabar la carrera (2 Tim 4, 7), lleguemos a la gloria.

Al final de nuestros días queremos unirnos a los miembros de la Iglesia triunfante, a los que ya corrieron y recibieron el premio que no se marchita (1 Cor 9, 25). Por eso, con esta intercesión se conmemora a los santos. Ellos son nuestro ejemplo y nuestros intercesores. Por la comunión de los santos, ellos se encuentran presentes en la celebración eucarística. En la misa, está presente la Reina enojada (Sal 44), pues Santa María no se despegó de los pies de la cruz (Jn 19, 25). A ella se le menciona en todas las plegarias eucarísticas, y el sacerdote debe inclinar la cabeza al decir su nombre. Los fieles pueden hacerlo por devoción. También se menciona en todas las anáforas a San José, el custodio del tesoro más precioso de Dios Padre, Patrono celestial de toda la Iglesia.

En el Canon Romano se pide en dos ocasiones por los vivos. La primera es antes de la consagración, cuando se puede nombrar a los fieles vivos por los que se tenga intención de orar:

“Acuérdate, Señor, de tus hijos N. y N.”

Tras decir sus nombres, el sacerdote hace una pausa para orar en silencio por ellos. Luego, prosigue pidiendo por los presentes y por los suyos, rogando por el perdón de sus pecados y por su salvación:

“y de todos los aquí reunidos, cuya fe y entrega bien conoces; por ellos y todos los suyos, por el perdón de sus pecados y la salvación que esperan, te ofrecemos, y ellos mismos te ofrecen, este sacrificio de alabanza, a ti, eterno Dios, vivo y verdadero.”

En esta oración se reconoce que no solo el sacerdote ofrece el sacrificio, sino que también los fieles lo hacen. Cada uno de distinto modo. Pero con ello se corrobora que los fieles deben aprender a ofrecerse a si mismos en la misa.

El sacerdote prosigue conmemorando a los santos, quienes dan ejemplo e interceden por los vivos. Tras nombrar a Santa María y a San José, aparecen veinticuatro santos, pues San Gregorio Magno fijó en “dos veces doce” el número de santos que se mencionarían. Primero a los Doce Apóstoles, sustituyendo a Matías por Pablo. Luego a doce mártires: cinco papas (Lino, Cleto, Clemente, Sixto y Cornelio) un obispo de Cártago (Cipriano), un diácono (Lorenzo) y cuatro laicos (Crisógono, Juan, Pablo, Cosme y Damián):

“Reunidos en comunión con toda la Iglesia, veneramos la memoria, ante todo, de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Jesucristo, nuestro Dios y Señor; la de su esposo, San José; la de los santos apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago y Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo; Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y la de todos los santos; por sus méritos y oraciones concédenos en todo tu protección.”

También se pide por los vivos tras la consagración. Dándose un golpe en el pecho, como reconociendo la culpa de sus pecados (Lc 18, 13), pero también que el Padre es profundamente misericordioso (Lc 6, 36), se le pide

que por su bondad y no por nuestras obras nos admita en el cielo. Se nombran entonces a otros santos distintos a los antes referidos. En primer lugar, al Precursor, a San Juan Bautista, al más grande de los nacidos de mujer (Mt 11, 11), al que le sigue una lista de catorce mártires desde que San Gregorio Magno estableció una lista de “dos veces siete”. De ellos siete son varones (Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro) y siete mujeres: (Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia y Anastasia):

“Y a nosotros, pecadores, siervos tuyos, que confiamos en tu infinita misericordia, admítenos en la asamblea de los santos apóstoles y mártires, Juan el Bautista, Esteban, Matías y Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino y Pedro, Felicidad y Perpetua, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y de todos los santos; y acéptanos en su compañía, no por nuestros méritos, sino conforme a tu bondad.”

En la Plegaria Eucarística II se le pide al Padre compartir la vida eterna con Santa María, San José y todos los que vivieron en su amistad:

“Ten misericordia de todos nosotros, y así, con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo san José, los apóstoles y cuantos vivieron en tu amistad a través de los tiempos, merezcamos, por tu Hijo Jesucristo, compartir la vida eterna y cantar tus alabanzas.”

En la Plegaria Eucarística III se le pide al Padre que nos transforme en ofrenda, pues de ese modo podremos gozar de la herencia eterna con Santa María, San José y todos los santos. En esta anáfora puede añadirse el nombre del santo del día o del patrono, lo que no se permite en las otras:

“Que Él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Virgen Madre de Dios, su esposo san José, los apóstoles y los mártires, (san N.: santo del día o patrono) y todos los santos, por cuya intercesión confiamos obtener siempre tu ayuda.”

Y en la Plegaria Eucarística IV nombrando nuevamente al Padre, se le pide que nos reúna en su reino de libertad del pecado y de la muerte, usando la expresión paulina (Rom 8, 2), con Santa María San José, y todos los santos:

“Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en tu reino, con María, la Virgen Madre de Dios, con su esposo san José con los apóstoles y los santos; y allí, junto con toda la creación libre ya del pecado y de la muerte, te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes”

IX. LA PLEGARIA EUCARÍSTICA: LA DOXOLOGÍA FINAL

En la Plegaria Eucarística se han hecho diversas intercesiones al Padre. Por nosotros mismos, los ruegos no valen nada. Hay que hacerlos en nombre de Jesús. En la Última Cena él mismo nos invitó a pedir en su nombre. Si así pedimos, se hará lo que pedimos, porque de esta manera se hará que sea glorificado el Padre en el Hijo (Jn 14, 13).

Por eso, todas las plegarias eucarísticas terminan poniendo a Jesucristo como mediador de nuestra intercesión en una doxología, en una expresión de alabanza a toda la Trinidad. Las palabras previas a la doxología hacen referencia al Hijo. Por eso, la doxología en latín inicia “*Per ipsum*”, es decir, “Por él.” En la versión castellana se ha cambiado la literalidad, y dice “Por Cristo”, quizá para que no haya confusión.

Todo lo pedimos por Jesucristo. Pero no solo por él, sino que lo pedimos con él, que en la cruz con gritos y lágrimas presentó suplicas y fue escuchado (Hb 5, 7). Nos unimos a su plegaria al Padre.

Además, lo pedimos en Cristo. Por el bautismo nos incorporamos a Cristo (Rm 6, 5). Somos parte del Cristo total. Jesús dijo que nosotros estamos en él y él en nosotros (Jn 14, 20). Por eso no solo pedimos por y con Cristo, sin que lo hacemos formando parte Cristo, pedimos en Cristo.

Todo lo pedimos al Padre que todo lo puede, al omnipotente, a quien se le ha dirigido toda la Plegaria. Y lo hacemos en la unidad del Espíritu Santo (Ef 4, 3). Podemos pedirselo al Padre, porque así lo llamamos gracias al Espíritu (Rom 8, 15). Se lo podemos pedir por mediación de Cristo, del Ungido, porque el Espíritu es su Unción.¹²

A las Tres Personas que se han mencionado las alabamos con las palabras que escuchó san Juan que cantaban todas las creaturas al Cordero y a quien estaba sentado en el trono (Ap 5, 13), y que usaba San Pablo (1 Tim 1, 17), con las que reconocemos que para Dios es todo honor y gloria por los siglos de los siglos.

Así, la Plegaria Eucarística termina diciendo:

“Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.”

Estas palabras las pronuncia el sacerdote mientras eleva el Cuerpo de Cristo en la patena y la Sangre de Cristo en cáliz conjuntamente, y no de forma separada, como había sucedido antes. En el ofertorio se elevó la hostia en la patena para presentarla al Padre; después de la consagración se elevó sin la patena, para mostrarla a los fieles. Ahora se eleva nuevamente en la patena porque no es para mostrarla a los fieles, sino para presentar al Padre a Jesucristo con quien, con quien y en quien se ofrece el sacrificio. Y lo hace junto con el cáliz que contiene la Sangre Preciosa. Para elevar el cáliz, un diácono puede ayudar al sacerdote.

A la doxología toda la asamblea responde aclamando:

“Amén.”

Al decir Amén hacemos un acto de fe, pues esa palabra significa tres cosas: “esto es así”, “esto lo creo” y “esto me compromete”. Esta expresión, que puede ser cantada tres veces, recuerda que el pueblo de Israel respondía a las plegarias de los sacerdotes de la antigua alianza diciendo Amén (Dt

¹² CEC 690

27,15-26; 1Crón 16,36; Neh 8,6). Aunque todos los fieles se han ofrecido a sí mismos y se han unido al Sacrificio, lo han hecho en el interior de su corazón. Ahora, en voz alta, se unen a todo lo dicho por el sacerdote. Es, como decía san Agustín, como si firmaran la petición.

No lo mandan las rúbricas, pero es conveniente que el sacerdote espere a que el pueblo responda el Amén, como signo de que se unen a esta presentación de la Víctima inmaculada al Padre en el Espíritu, como signo de que todos son atraídos hacia Cristo cuando es levantado (Jn 12, 32).

CUARTA PARTE.

EL RITO DE LA COMUNIÓN

Los sacerdotes aarónicos ofrecían sacrificios de expiación, oblación, comunión y por reparación del pecado, cada uno con una ofrenda distinta (Lev 1-5). En todos, una parte de la ofrenda la comía el sacerdote.

En el Sacrificio de la Nueva Alianza, la ofrenda es Jesús. Es él quien entrega su cuerpo y derrama su sangre, como dijo en la Última Cena. Al instituir la también dijo “coman” y “beban”. La misa también es la Cena del Señor. El sacerdote debe, por tanto, comer y beber a Jesús. Por ello, no puede celebrar la misa si tiene conciencia de hallarse en pecado grave.¹³

Los fieles, al poseer el sacerdocio real, deben comer y beber a Jesús si tras examinarse se encuentran en estado de gracia pues, como dice san Pablo tras narrar la institución, quien come y bebe sin discernir, come y bebe su propia condenación (1 Cor 11, 29).

Tras la gran oración de la Iglesia, el sacerdote y los fieles se alimentarán con la Víctima, sabiendo que dijo Jesús que “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6, 54).

I. ORACIÓN DEL SEÑOR

La preparación para la comunión inicia con la Oración del Señor, el Padrenuestro. Después de la gran oración de la Iglesia, la Plegaria Eucarística rezamos todos con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó. Nosotros no sabemos pedir lo como conviene (Rm 8, 26). Por eso Jesús nos enseñó a orar y nos dio las palabras con las que hacerlo.

Desde las primeras palabras de la misa, quedó claro que nos introdujimos en la vida intratrinitaria. Ahora, antes de que Jesucristo entre en nuestro cuerpo, nos metemos más a la vida intratrinitaria. Repetimos las palabras

¹³ CIC c 916

que dice la Palabra al Padre en el Espíritu. Nos hacemos partícipes del diálogo de amor trinitario.

El sacerdote invita a la oración. En latín comienza diciendo “*Præceptis salutáribus móniti*”, que literalmente significa: “siguiendo el precepto saludable”. Nos invita a hacer algo para la salud del alma, algo que nos dispone mejor a comulgar. En castellano se ha traducido como “Fieles a la recomendación del Salvador”. Después, en la invitación habla de de un atrevimiento, de una audacia. Esta no es nuestra, sino de Jesucristo, que nos hizo hijos de Dios, por lo que ahora podemos llamarlo Abba, Padre (Rom 8, 15):

“Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:”

En la versión española del Misal, hay otras opciones de invitación. La primera habla de la alegría de los hijos de Dios:

“Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Cristo nos enseñó:”

La segunda, es tomada de la Carta a los Romanos (5, 5):

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado; digamos con fe y esperanza:”

Y en la tercera se recalca que el Padrenuestro se reza como preparación a la participación en el banquete eucarístico:

“Antes de participar en el banquete de la Eucaristía, signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna, oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:”

Tras la invitación, el sacerdote, junto con el pueblo, rezan la Oración del Señor. Los fieles no inician en el “que estás en el cielo”. Inician desde “Padre nuestro”, porque llaman Padre a Dios.

En los Evangelios el Padrenuestro aparece en dos ocasiones: una en san Mateo (6, 9-13) y otra en san Lucas (11, 2-4). En la misa se usa la versión de

san Mateo, en la que se dice “Padre nuestro, que estás en el cielo” y no solamente “Padre”, además de la petición de que se haga la voluntad de Dios y el final “líbranos del mal”:

“Padre nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal.”

Esta oración se introdujo en la misa por la petición del pan, para hacerlo como una referencia al Pan Eucarístico que se recibiría. Con ese ánimo puede rezarse toda la oración, como una preparación a la comunión. Pedirle que nos de no solamente el sustento diario, sino también el Pan que baja del cielo (Jn 6, 48). Pedirle que en la comunión venga el Jesucristo, el Reino de Dios a nuestra alma. Alabar al Padre para prepararnos para comulgar a su Hijo. Pedirle perdón para recibir en mejores condiciones la comunión. Pedirle que nos libre del mal y de la tentación mediante la recepción del Cuerpo de Cristo.

El sacerdote extiende las manos para decir esta oración, pues es la postura con el que se dirige al Padre. El Misal no dice nada acerca de que los fieles laicos extiendan las manos, pues este es un gesto propiamente sacerdotal.

Al final no se dice “Amén”, pues la oración al Padre la continúa el sacerdote solo. La continuación de una oración se llama embolismo. El embolismo del Padrenuestro prosigue con la última frase. Se le pide nuevamente al Padre que nos libre del mal, a lo que se añaden tres peticiones más: que conceda la paz, la liberación del pecado y la protección de toda perturbación.

“Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.”

En los documentos más antiguos aparece que los primeros cristianos añadían una doxología, una alabanza, al final de la Oración del Señor.¹⁴ Satanás se había atribuido los títulos de realeza, poder y gloria (Lc 4, 5-6), y Jesús los restituyó al Padre en su Oración. Por ello, los primeros cristianos recalcan esta restitución usando una doxología que aparece en el Antiguo Testamento (1 Cron 29, 11).¹⁵ Esta doxología la dicen los fieles al terminar el embolismo, la prolongación de la oración realizada por el sacerdote:

“Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.”

II. RITO DE LA PAZ

Después de la doxología, cambia el sujeto al que se dirige la oración. Desde que se inició el prefacio diciendo que es justo y necesario darte gracias “Señor, Padre santo”, nos hemos dirigido al Padre. Ahora el sacerdote se dirige a Jesucristo. Como está presente en el altar, puede voltear a ver las Especies mientras pronuncia la oración que inicia

“Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles”.

En la Última Cena, Jesús le dijo a sus apóstoles: “mi paz les dejo mi paz les doy” (Jn 14, 27). Recibimos la paz de Cristo, de quien Isaías había profetizado que sería el “Príncipe de la paz” (9, 5). San Pablo dice algo más: que él es nuestra paz (Ef 2, 14). Cristo es la paz. Por eso, recibir su paz es recibirlo a él.

La paz, dice san Agustín, es tranquilidad del orden.¹⁶ Es una relación armónica entre personas, sin enfrentamientos ni conflictos. De esta forma, donde hay amor hay paz.

¹⁴ Didaché 8.2

¹⁵ Algunas traducciones protestantes de la Biblia indebidamente han añadido esa doxología a las palabras de Jesús que recoge Mateo.

¹⁶ *La Ciudad de Dios*, 19, 3.

Por eso, nuestras faltas de amor a Dios, nuestros pecados, son contrarias a la paz. Esta es la razón por la que, tras la absolución, el sacerdote dice al penitente: “vete en paz”. Vete en paz, porque ya no hay pecado, porque ya no hay falta de amor, porque se reestableció tu relación con Dios.

Antes de comulgar es necesario pedirle al Príncipe de la Paz que restablezca nuestra relación armónica con él. Por eso, tras recordarle a Jesús estas palabras que dijo, le pedimos que no tenga en cuenta nuestros pecados, sino que se fije mas bien en la fe de la Iglesia. No en nuestra fe, que puede ser débil, sino en la fe de su Iglesia. Le pedimos que, al fijarse en esa fe, nos conceda la paz y la unidad.

“Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: ‘La paz les dejo, mi paz les doy’, no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia y, conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.”

Después, para conmemorar el gesto de Jesús dando la paz, el sacerdote se vuelve hacia el pueblo y les dice:

“La paz del Señor esté siempre con ustedes.”

Mientras lo hace abre y cierra los brazos, como extendiendo la paz de Cristo hacia todos los presentes. A estas palabras todos responden deseándole y pidiéndole a Cristo lo mismo al celebrante:

“Y con tu espíritu.”

Cuando se les anunció el nacimiento de Jesús a los pastores, una legión del ejército celestial alababa a Dios diciendo “en la tierra paz a los hombres de buena voluntad”. La paz es para los hombres que tienen la voluntad de conseguirla. Jesús declaró bienaventurados “a los que construyen la paz” (Mt 5, 9). Y la paz se construye con amor.

Jesús nos dio su paz, su amor. Después de decir que dejaba la paz, estableció como mandamiento que nos amáramos unos a otros como él nos había amado (Jn 15, 12). Ya no es amar a los demás como a nosotros mismos, sino amar a los demás como los ama Jesús. La paz es un fruto del amor.

Jesucristo trae la paz entre los hombres porque establece un mandato de amor entre los hombres, con un parámetro muy alto: como el que él le tiene a cada uno.

Hemos faltado al mandato de la caridad con el prójimo. Por ello, es necesario reestablecer la relación de armonía con los demás antes de acercarnos al altar, como lo estableció Jesús (Mt 5, 23-24). Eso se hace con un gesto, que cambia en cada cultura. Puede ser un beso o un apretón de manos.

Se trata de un gesto simbólico. Lo importante es que realmente nos reconciliemos con el prójimo con el que tengamos algún desacuerdo. En ese momento no podemos dialogar y aclarar diferencias. Incluso, quien está a nuestro lado puede ser un desconocido. Pero es el más próximo físicamente, y representa al prójimo, al más cercano en nuestra vida. Basta con que en el corazón estemos dispuestos a hacerlo, a dejar pasar las ofensas que quizá hayamos recibido, a construir la paz. Por lo menos, pedirle a Dios que nos conceda su gracia para hacerlo.

El saludo de paz no tiene que hacerse siempre. El sacerdote tiene la facultad de decidir si es oportuno o no. Si le parece conveniente, él mismo o el diácono invita a dar la paz diciendo:

“Dense fraternalmente la paz.”

En la versión castellana del Misal aparecen otras tres fórmulas para invitar a dar la paz. La primera:

“Como hijos de Dios, intercambien ahora un signo de comunión fraterna.”

La segunda:

“En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz, dense la paz como signo de reconciliación.”

Y la tercera:

“En el Espíritu de Cristo resucitado, dense fraternalmente la paz.”

Al darse la paz, los fieles pueden no solo reconciliarse entre ellos, sino pedir que entre ellos reine la paz de Cristo. Por ello, en la Instrucción General del Misal Romano se dice que pueden decir: “La paz del Señor esté siempre contigo”, a lo cual se responde: “Amén”.

La paz no debe darse a todos. Sólo a los que se encuentran más cercanos, pues es un símbolo de que se quiere la paz con el prójimo. El sacerdote sólo da la paz al diácono o al acólito.

III. FRACCIÓN DEL PAN

En la Última Cena Jesús realizó cuatro acciones: tomar, dar gracias, partir y dar (Lc 22, 19-20). Después de la paz, el sacerdote procede a realizar la tercera de las acciones: partir el Pan. Este es un gesto que ahora realiza el sacerdote es el que llevó a los discípulos a reconocer a Jesús en Emaús (Lc 24, 30-31). Y esta acción le daba nombre a la Celebración Eucarística en los primeros tiempos (Hch 20, 7). Decimos fracción del pan, pero en realidad es fracción del Cuerpo, o es fracción del Pan con mayúscula, porque ha sido transformado en Cristo.

En los primeros tiempos se partía el Pan Eucarístico con el objeto de que todos comieran del mismo pan, como signo de unidad. Participaban de la Eucaristía porque tomaban una parte de ella. Con el tiempo esto ya no fue posible, pues ya no eran unos cuantos fieles los que se reunían en torno al altar, sino muchos, y era imposible darles a todos un fragmento del Pan que tomaba en sus manos el sacerdote en sus manos en la consagración, por lo que fue necesario que se consagraran diversas formas.

El que no comulguen todos de la misma Hostia, sin embargo, no significa que no coman todos del mismo Pan. Jesús está realmente presente en cada migaja, como recuerda la secuencia de Corpus Christi, el *Lauda Sion Salvatorem*, “en el mínimo fragmento entero late el Señor”. Así, todos lo que comulgan participan de la Eucaristía porque toman una parte de ella.

Por tanto, todos nos alimentamos del mismo Cuerpo de Cristo, del mismo Pan que ha bajado del cielo (Jn 6, 51).

Aún así, por lo menos uno o dos fieles pueden comulgar de la Hostia que tomó en sus manos el sacerdote en la consagración.

Es importante que el sacerdote comience a fraccionar el Pan cuando los fieles hayan terminado de darse la paz, para que puedan estar atentos a este rito instituido por el mismo Jesucristo.

El sacerdote debe partir la Hostia que tomó en sus manos durante la consagración en, cuando menos, tres partes. Una debe ser pequeña, para poderla echar al cáliz. Si la Hostia es muy grande, o si son muy pocos los fieles que asisten a la misa, puede dividirla en más partes, y así más fieles comulgarán de esa Hostia.

En la medida de lo posible, no ha de partirse el Pan en otro momento, pues éste es el instante destinado para ello. Así, el sacerdote no debe partir nuevamente la Hostia antes de comulgar, sino que debe de fraccionarlo de tal modo que tenga un tamaño con el que pueda comulgar. Desde luego, si hay que volver a partirlo, por ejemplo, porque hay más comulgantes que Formas, se hace y no pasa nada.

Mientras el sacerdote realiza este gesto, los fieles cantan o dicen una oración, que consta de dos partes. En la primera llamamos a quien se dirige la oración, para lo cual se utiliza el título con el que Juan el Bautista presentó a Jesús: Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo (Jn 1, 29). Y la segunda parte es una petición. Por lo menos dos veces se le pide, como al inicio de la misa, que tenga piedad de nosotros; y en la última, en relación con el rito de la paz que apenas terminó, que nos de la paz.

“Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, danos la paz.”

Antiguamente, en Roma, cuando el papa celebraba la misa, le entregaba un fragmento (*fermentum*) del Pan que había consagrado a los presbíteros

quienes, cuando celebraban ese día, lo depositaban en el cáliz, como signo de unidad con el obispo, de que participaban de la misa de su obispo.

Con el tiempo, y existiendo distancias grandes entre las diversas comunidades cristianas y la sede episcopal, se eliminó la entrega de ese fragmento, pero permaneció el gesto de echar una partícula del Pan consagrado en el cáliz.

En cada miga de la Hostia se encuentra Jesús presente con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Y en cada gota del Vino se encuentra Jesús presente con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Sin embargo, el Pan simboliza el Cuerpo de Cristo y el Vino a la Sangre de Cristo. Cuando un cuerpo no tiene sangre, está muerto. Dice la Escritura: “la sangre es la que da vida al cuerpo” (Lev 17, 11). Jesús derramó hasta la última gota de su sangre en la cruz. Por ello, que el cuerpo vuelva a tener sangre, el gesto de unir el Cuerpo con la Sangre se ha visto como símbolo de la Resurrección.

El sacerdote, mientras deposita la partícula, dice en secreto:

“El Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo, unidos en este cáliz, sean para nosotros alimento de vida eterna.”

Tras lo anterior, con las manos juntas, el sacerdote se dirige a Jesucristo ahí presente en secreto, para pedirle su ayuda para comulgar de la mejor forma posible. Antiguamente se trataba de una sola oración. Ahora se ha partido en dos, y el sacerdote elige cuál decir. Nada impide a los fieles decirla en secreto para prepararse mejor a la comunión.

En la primera oración recuerda Jesús murió para cumplir la voluntad del Padre (Jn 4, 34). Y después se habla de la cooperación del Espíritu Santo en la redención pues, como recuerda san Juan Pablo II, el Espíritu consuma el sacrificio con el fuego del amor.¹⁷ A Jesucristo se le pide la purificación del pecado y que libere del mal, y la fuerza para cumplir sus mandamientos, como ya se le había pedido al Padre en la Oración del Señor, además de que le se le pide no separarse de él

¹⁷ San Juan Pablo II, Encíclica *Dominum et vivificantem*, n. 41

“Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, diste con tu muerte la vida al mundo, líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre, de todas mis culpas y de todo mal. Concédeme cumplir siempre tus mandamientos y jamás permitas que me separe de ti.”

La segunda oración recuerda la enseñanza de San Pablo sobre la comunión, cuando dice que quien comulga indignamente come su propia muerte y condenación (1 Cor 27-29), y se le pide a Jesús que la comunión de su Cuerpo y de su Sangre aproveche para la defensa del alma y del cuerpo –¡sí, también del cuerpo!– como remedio saludable:

“Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre, no sea para mí un motivo de juicio y condenación, sino que, por tu piedad, me aproveche para defensa de alma y cuerpo y como remedio saludable.”

Al terminar esta oración, el sacerdote hace una genuflexión, para adorar al Señor. El sacerdote así reconoce que, como hombre, se encuentra en el suelo, frente a Dios, que es pecador e indigno de comer a Dios hecho pan. Se postra para adorar, como los magos ante el Niño (Mt 2, 12); como los discípulos al contemplar la transfiguración (Mt 16, 6); y como el leproso al pedir su curación (Lc 5, 12).

El sacerdote se pone de pie toma la Hostia que partió y se la muestra al pueblo. En el ofertorio elevó el pan en la patena y en la doxología el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para presentarlos al Padre. Ahora se lo muestra al pueblo. Tras la consagración les mostró el Cuerpo de Cristo sin parir. Ahora les muestra el Pan partido. Como a Jesús resucitado, que conservaba los agujeros de los clavos y el costado herido (Jn 20, 27), ahora el sacerdote muestra el Cuerpo de Cristo roto.

Mientras lo muestra, presenta a Jesús con las palabras con las que Juan el Bautista lo presentó: “este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Cordero no es una oveja cualquiera. Cordero es un animal de sacrificio, referido en el Éxodo. Por mediación de Moisés, Dios

les pide a los israelitas que inmolen un cordero, que coman toda su carne asada al fuego, y que con su sangre rocíen las puertas de sus casas, pues los hogares marcados con la sangre se salvarían de la plaga exterminadora.

Así pues, con estas palabras, el sacerdote explica que vemos un pedazo de pan, pero es el Cordero, es Jesús quien se inmoló por nosotros, quien derramó su sangre para evitarnos la muerte eterna, y cuya carne es nuestro alimento.

Tras ello, el sacerdote continúa recordando una bienaventuranza que aparece en el Apocalipsis: “Bienaventurados a la cena de bodas del Cordero” (19, 9), aunque en español se ha traducido como “Dichosos los invitados a la cena del Señor”. Nosotros hemos sido invitados al banquete de bodas del Cordero, nosotros somos bienaventurados:

“Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.”

Una realidad biológica es que no se ve con los ojos, sino a través de los ojos. Este es un momento para ver a través de los ojos, pero ver con el corazón. Para ver con fe. Por eso, después, tanto el sacerdote como el pueblo hacen un acto de fe, usando las palabras del centurión (Mt, 8, 8), que causaron que Jesús afirmara que en Israel no había encontrado a nadie en Israel con tanta fe (Mt 8, 10; Lc 7, 9):

“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme.”

Hay que procurar que estas palabras sean un verdadero acto de fe y no una repetición mecánica; que tenga sentido lo que digamos; que cuando las digas no encuentre Jesús a nadie que tenga tanta fe en él como tu; que demuestres más fe que la del centurión.

IV. COMUNIÓN

Cuando se termina el acto de fe, el sacerdote comulga. Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo inicia el canto de la comunión. En ese momento se acercan los fieles que deseen comulgar, y que no tengan conciencia de hallarse en pecado grave sin haber acudido antes a la confesión sacramental y se haya abstenido de tomar alimento y bebida al menos una hora antes.¹⁸

Narran los Evangelios que Jesús les dio el Pan y les pasó el cáliz a sus discípulos y (Mt 26, 26 Mc 14, 22-23 Lc 22, 19). Los que no eran Jesús, en consecuencia, recibieron en Pan y el Vino. Así, todos los que ejercieron el sacerdocio ministerial, como sacerdotes presentes que no concelebraron, diáconos, acólitos y todos los fieles, deben de recibir la comunión, y no tomarla directamente. El celebrante y los concelebrantes, como actúan *in persona Christi*, actúan como Jesús, toman ellos mismos el Cuerpo de Cristo y lo comen, y la Sangre de Cristo y la beben. Pueden dar la comunión el sacerdote, el diácono y, extraordinariamente, un laico.

Los concelebrantes deben comulgar el Pan y el Vino que consagraron en la misa pues, como los sacerdotes aarónicos, deben comer la Víctima que ofrecieron al Padre. Los fieles habitualmente solo comulgan el Cuerpo de Cristo. Toda vez que en el Pan consagrado está realmente presente Jesús con su cuerpo, sangre, alma y divinidad, no es necesario que consuman ambas especies, por lo cual la Iglesia ha considerado que habitualmente sólo se comulgue bajo la especie del Pan para evitar que se derrame en el suelo la Preciosa Sangre. Sin embargo, en algunas ocasiones que se prescriben en el Misal puede darse la comunión bajo las dos Especies.

Dispone el Misal que el sacerdote o el ministro se acerca a quienes quieren comulgar y “les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos: ‘El Cuerpo de Cristo.’ El que va a

¹⁸ CIC cc. 916 y 919

comulgar responde: ‘Amén.’” Y comulga. No dice que se le da a los fieles la comunión diciendo “El Cuerpo de Cristo”. Dice que primero se les presenta el Pan consagrado y se les dice “El Cuerpo de Cristo”. Es importante esta distinción. Antes de comulgar hay que hacer un acto de fe. Quien da la comunión afirma que no se trata de pan. ¡Es el Cuerpo de Cristo! Y quien comulga responde “Amén”, afirma que es así, que cree que no es pan, sino que es el Señor.

La rúbrica dispone que el ministro presenta el Pan consagrado. Ya lo presentó el sacerdote a todos diciendo que es el Cordero de Dios. Ahora se lo presentan a cada uno. Te lo presentan a ti únicamente. El es el Emmanuel, el Dios con nosotros, y es el Dios contigo. El gesto lógico que se hace ante una presentación es voltear a ver. Es un momento, por tanto, para voltear a ver al Señor.

Se puede comulgar de pie o de rodillas. Si se comulga de pie, antes de hacerlo mandan las rúbricas que se haga una reverencia. Es un acto de fe y de adoración. Es una muestra de que reconocemos que el Señor está ahí, aunque veamos pan. Nos inclinamos ante su presencia.

Es muy recomendable que alguien asista al ministro que da la comunión con una bandeja pues Jesús está en el todo y en la parte, como recuerda la secuencia de Corpus. Como un acto de fe, y como no queremos que esté en el piso, la Santa Sede recomienda colocar una bandeja debajo del comulgante que recoja los fragmentos y, en su caso, la Forma, para que no caiga al piso.

En la lengua de cada uno de los que comulgan está el Señor. El cuerpo que se concibió en el seno de María, que nació de ella; el mismo que habló a las multitudes, y que fue colgado en un madero; el que resucitó y ascendió a los cielos; ese mismo cuerpo está en nuestra boca. Todos lo tocan. Tu puedes pensar en ser como la mujer que padecía de flujos de sangre, que tocó con tanta fe a Jesús, que llamó su atención pese a que una multitud lo apretujaba (Lc 8, 43-48).

Cuando se termina de dar la comunión, el sacerdote o el diácono sume lo que haya quedado de la Sangre de Cristo, y las Hostias consagradas que quedaron, o las consume en el altar o se guardan en el Sagrario.

El sacerdote, el diácono, o el acólito instituido pueden en ese momento purificar los vasos sagrados utilizados. La purificación se hace en un extremo del altar o en la credencia; nunca en el centro del altar. También pueden llevarse los vasos sagrados a la credencia, y hacer las purificaciones al final de la misa.

Desde que reciben la comunión, inicia un momento de oración personal. Es conveniente que el sacerdote deje unos momentos de silencio antes de proseguir, para que todos los que comulgaron puedan orar en la intimidad con Jesús que está en su interior. La acción de gracias por la comunión es parte de la misa, y no algo que se hace al final.

El Misal dispone que durante este momento de oración personal los fieles permanecen sentados. Se arrodillan frente a Dios. Pero ahora no están frente a Dios, sino que tienen a Dios dentro de ellos. Puede la Conferencia Episcopal disponer otra postura. Incluso, si alguien siente mas devoción estando arrodillado, puede hacerlo. El sacerdote se sienta en la sede, pues ya no requiere estar en el altar ya que el sacrificio se ofreció y se consumió. En el altar ya no está la Víctima. Es como si hubiera ascendido a los cielos, pero está en el interior de todos los que comulgaron.

Hay gente que dice: “Si un día se me apareciera Jesús le diría...” Pues ese día es cada misa. Y si comulgas, además, se hace presente dentro de ti. Ahí está realmente. Dile eso que pensabas decirle. Y escucha que tiene que decirte a ti. Ábrele tu corazón. Con una sola rendija que abras, él puede llenarlo.

En la Última Cena Jesús nos pidió que permaneciéramos en él como él permanece en nosotros (Jn 15, 4). Ahí está Jesús, en nosotros, cumpliendo lo que dijo. Es un continente que es contenido. Nos toca cumplir nuestra

parte, permanecer en él. No dijo junto, sino en él. Es momento de meternos en quien se nos metió.

Puedes pensar que en ese momento eres como un sagrario, porque tienes a Jesús dentro. Pero no. Eres más que un sagrario, porque el Señor te cambia. Como ha explicado la Iglesia, comulgando te transformas en lo que comiste. Te vuelves Jesús. Y eso no le sucede al sagrario.

Cuando comulgas te pareces a Santa María, que llevó dentro de sí a Jesús. Aunque antes de comulgar pedimos muchas veces perdón por nuestras faltas, no tenemos la pureza absoluta de María. A ella, la totalmente pura, a la que enseñó a rezar a Jesús, podemos pedirle su ayuda para recibir con mejores disposiciones.

1. Oración después de la comunión

La oración personal finaliza con una plegaria comunitaria que dirige el sacerdote desde la sede, donde ya se encontraba. Este rezo no inicia con la invitación a orar, pues todos ya se encuentran haciendo eso. Si no se dio un espacio para la oración personal, entonces sí hace la invitación diciendo:

“Oremos”

Si no hubo un espacio de tiempo para la oración personal, y se invita a la oración, si se deja la pausa. De lo contrario, poniéndose todos de pie, el sacerdote concluye el momento de oración personal diciendo la oración después de la comunión, que cambia todos los días, con las manos extendidas, como cuando se dirige solemnemente a Dios.

QUINTA PARTE.
EL RITO DE CONCLUSIÓN

Una vez que el sacerdote concluye la oración después de la comunión, termina el rito de la comunión. En ese momento pueden darse los avisos necesarios. Es importante que sea en este instante, pues antes se interrumpe la oración personal. Ya que se terminó de orar, pueden atenderse todas las indicaciones que sean necesarias.

Después de los avisos, el sacerdote bendice al pueblo, como David que, tras ofrecer holocaustos y sacrificios, bendijo al pueblo en nombre del Señor (1 Cro 16, 2). Para hacerlo, el sacerdote inicia diciendo:

“El Señor esté con ustedes.”

Al inicio de la misa se pudo decir lo mismo, reconociendo al Señor en la asamblea y pidiendo el auxilio del Señor durante la celebración. Antes del Evangelio ya se escucho, reconociéndolo en la Palabra, y pidiendo su cercanía mientras se proclaman sus palabras. Al inicio del prefacio también se escucho, para reconocer la presencia del Señor bajo las apariencias de pan y de vino, pidiéndole que nos asistiera durante la gran oración de la Iglesia, la Plegaria Eucarística. Ahora se vuelve a decir, como un deseo de que el Señor siga con todos los asistentes después de la celebración, y como una invitación a reconocerlo después de la Misa en los necesitados, en los hambrientos, sedientos, presos, desnudos y enfermos (Mt 25, 34-40).

En reciprocidad, el pueblo pide lo mismo para el sacerdote:

“Y con tu espíritu.”

Luego, el sacerdote traza la señal de la cruz sobre el pueblo y lo pide que la bendición de las Tres Personas Divinas descienda:

“La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.”

El sacerdote traza el signo de la cruz, pero pide que sea la bendición de la Trinidad la que descienda. Al inicio de la misa todos hicieron la señal de la

cruz, recordando que se celebraba en la Trinidad. Concluye con una petición de que la ayuda de la Trinidad, su gracia, sus dones, permanezcan entre todos los que participaron de la mesa de salvación.

Antiguamente, los presbíteros no bendecían al final de la misa; únicamente los obispos. Cuando se extendió la bendición a los presbíteros, se estableció una forma distinta para que lo hicieran los obispos. De esta forma, antes de que el obispo bendiga en el nombre de Dios, todos los presentes bendicen el nombre de Dios. En el Padrenuestro ya afirmamos que santificamos el nombre de Dios, como lo exige el segundo mandamiento (Ex 20, 7; Dt 5, 11). Ahora, antes de la bendición, glorificamos su nombre, primero, con una invocación tomada del salmo 113. El obispo dice:

“Bendito se al nombre del Señor.”

Y se responde:

“Ahora y por todos los siglos.”

Después, se alaba su nombre con una invocación tomada del salmo 123:

“Nuestro auxilio es el nombre del Señor.”

Y se responde:

“Que hizo el cielo y la tierra.”

Tras ello, el obispo pide que la bendición de las Tres Personas Divinas descienda sobre todos los que asistieron, mientras hace tres veces (no una, como los presbíteros) la señal de la cruz sobre el pueblo:

“La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes.”

Antes de impartir la bendición, tanto el obispo como el presbítero pueden hacer algunas invocaciones. Si son varias y cortas, se llama bendición solemne. Si es una sola, y larga, que se dirige a Dios, se llama oración sobre el pueblo. Las oraciones sobre el pueblo son muy recomendables en Cuaresma, en que cada día cuenta con una distinta.

Se trate de una bendición solemne o de una oración sobre el pueblo, el celebrante, o el diácono, si lo hay, tras la respuesta “Y con tu espíritu”, pide a todos los presentes que hagan una inclinación. En ese momento, el celebrante pronuncia la o las invocaciones, tras lo cual bendice al pueblo como se dijo antes. En estos casos el obispo omite los versículos de los salmos.

Después, el sacerdote (o el diácono, si lo hay) despide al pueblo. La fórmula latina de despedida es “*Ite missa est*”. Esta fórmula es la que le dio el nombre de Misa a la Celebración Eucarística. Por su antigüedad, es difícil de traducir. Literalmente es “la Misa es”, como si se dijera que la Misa ahora existe en la presencia de Dios. Por ello, en castellano se despide con una fórmula que hace referencia a la paz del Señor que se recibió en la celebración. A través de los ritos introductorios, la Liturgia de la Palabra y de la Liturgia Eucarística, se robusteció nuestra relación con Dios. Por ello nos marchamos en paz. De esta forma, se despide diciendo:

“Pueden ir en paz.”

La edición en español prevé otras fórmulas de despedida en las que se antepone una invitación para la acción. La primera, tomada de Nehemías (8, 10), es:

“La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Pueden ir en paz.”

La segunda, tomada de la primera Carta de San Pedro (3, 15) es:

“Glorifiquen al Señor con su vida. Pueden ir en paz.”

Y en los domingos de Pascual, se recuerda el gozo del mandato apostólico dado por Jesús antes de ascender a los cielos (Mc 16, 15), de ser testigos de su resurrección (Lc 24, 48):

“Anuncien a todos la alegría del Señor resucitado. Pueden ir en paz.”

El Domingo de Resurrección, la Octava de Pascua, el II Domingo de Pascua, y el Domingo de Resurrección se añade un doble aleluya a la fórmula de despedida. El resto de días de Pascua no se hace.

RITO DE CONCLUSIÓN

A la despedida, todos los fieles responden dando gracias. Eucaristía significa acción de gracias. La celebración eucarística fue, por tanto, una acción de gracias. Como un epílogo de todo lo que se hizo, por tanto, las últimas palabras de la celebración son:

“Demos gracias a Dios.”

Tras ello, el sacerdote regresa al altar y lo besa. Besa el lugar en donde ofreció el Sacrificio. Besa el Calvario y la losa del sepulcro. No es un simbolismo. Es el lugar en donde se renovó la Pasión Muerte y Resurrección del Señor. Tras ello, hace la reverencia que corresponda: genuflexión si el sagrario se encuentra en el presbiterio o, de lo contrario, inclinación ante el altar.